



PLAZAPÚBLICA
periodismo de profundidad

El camino que nos lleva

Un viaje en bici por Centroamérica

pilar cresco y asier andrés

**El camino que nos lleva
Un viaje en bici por
Centroamérica**

Pilar Crespo y Asier Andrés

*El camino que nos lleva
Un viaje en bici por Centroamérica*

Plaza Pública
Pilar Crespo y Asier Andrés

Primera edición

© CC BY-SA 3.0 GT

Cuidado de la edición: Enrique Naveda

Diseño: Nora Pérez

Plaza Pública
Universidad Rafael Landívar
Vista Hermosa III, Campus Central, zona 16
Guatemala, Guatemala, C.A.
Tel: (502)2426-2644
plaza@plazapublica.com.gt

www.plazapublica.com.gt

Permitida su reproducción total o parcial y la generación de obras derivadas bajo las siguientes condiciones:

Atribución — Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciante (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o que apoyan el uso que hace de su obra).

Compartir bajo la Misma Licencia — Si altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada, sólo puede distribuir la obra generada bajo una licencia idéntica a ésta.

Guatemala, mayo de 2014

Índice

UN VIAJE EMOCIONANTE	6
EL INICIO	8
LA 18	10
MINERÍA	12
OTOÑO EN JALAPA	13
CIUDADES INTERMEDIAS	14
FRONTERA	15
EL MISTERIO DEL CAFÉ	18
EL MISTERIO DE LAS FLORES Y LOS INDÍGENAS	21
LA DESOLACIÓN	24
SAN ROMERO DE AMÉRICA	27
UNA TESIS SALVADOREÑA	31
SUCHITOTO	34
CHALATE	37
LA LONGITUDINAL	39
EL ÁRBOL	41
TURISMO REVOLUCIONARIO	43
LA VIDA DE ÓSCAR	46
AUTOHOTEL	50
JIQUILISCO	52
UNA DESPEDIDA	54
LA TIERRA CALIENTE	57
EL TRIUNFO	60
CUANDO ÉRAMOS CHAVALOS	63
COSIGÜINA	67
EL PARTIDO	69
LEÓN	71

MANAGUA	73
APOYO	77
A LOS NICAS LES GUSTAN LOS JUEGOS	80
GRANADA ES CIENCIA FICCIÓN	83
OMETEPE COMO METÁFORA (UN POST MALVADO)	85
SOLENTINAME	88
UN ATARDECER	92
GENOCIDIO EN LA TIERRA DEL JÍCARO	95
RODEO MUY MUY	97
LOS MALINCHES	101
UNA NOCHE EN EL CAÑÓN	103
EL GRAN NORTE	106
DE LAS MANOS A DANLÍ, PASANDO POR EL PARAÍSO	109
TIEMPO, ESPACIO Y ENERGÍA. INEXACTITUDES	111
TEGUS	115
COMAYAGUA Y LA SOLEDAD DE TEGUCIGALPA	119
LAVADO DE DINERO	122
MIRANDO EL LAGO DE YOJOA	125
TURISTAS LAMENTABLES	127
EL VALLE	129
AZAGUALPILLA	131
PILAR Y ASIER	133
COPÁN: SIGLOS DE PIEDRA Y ÁRBOLES	135
EL FINAL, SEGÚN ASIER	136
EL FINAL, SEGÚN PILAR	139
PS: MI OTRO VIAJE / ASIER	142
POST SCRIPTUM / PILAR	145

UN VIAJE EMOCIONANTE





INICIO

Decidimos viajar en bicicleta para que el trayecto fuese el viaje y el viaje el trayecto.

Para ahorrarnos el esfuerzo de hacer turismo. Para que no haya destino, solo camino. Decidimos hacer una pausa de algo así como dos meses y olvidarnos de todo. Es probablemente una de las decisiones más libres de nuestras vidas.

Hoy dejamos atrás las calles del Centro Histórico por la 12 avenida y atravesamos las zonas 5 y 10. Subiendo las primeras rampas de la ruta de Muxbal comenzamos a alejarnos de la ciudad, a ver el Valle de la Ermita desde la distancia. Trataremos de llegar hasta el río San Juan, la frontera entre Nicaragua y Costa Rica. Pedalearemos por carreteras secundarias a la velocidad que nos permita el peso que cargamos. Como alguien dijo en alguna ocasión, viajar en bicicleta es viajar a la velocidad a la que vuelan las mariposas.



LA 18

Tomar la Ruta Nacional 18 parecía la forma más evidente para comenzar a salir del departamento de Guatemala y enfilarse hacia el Oriente. Pero esta ruta ha terminado por convertirse en una buena sorpresa, uno de los tramos más agradables para hacer ciclismo de montaña que hemos conocido en el Oriente de Guatemala.

Lo de Ruta Nacional resulta pretencioso para lo que es en realidad la 18 en sus primeros 40 kilómetros: un camino de terracería que serpentea entre las montañas de los departamentos de Guatemala y Jalapa, entre San José Pinula y Mataquescuintla. Pedaleamos por tramos umbríos, entre bosques de pinos reforestados y lecherías. Puro paisaje alpino, tal y como puede encontrarse en algunas aldeas de Nebaj, en el norte de Quiché. Pero aquí abundan de verdad las vacas. El único tráfico que encontramos fueron camiones cargados de troncos recién talados. Descendimos varios kilómetros hasta encontrarnos, en medio de una tormenta, con Mataquescuintla, un pueblo aislado, cercado por unos bosques exuberantes que, bajo la lluvia, más parecían de Alta Verapaz. Resulta evidente que basta alejarse de las carreteras principales para encontrar la verdadera belleza de este país.



MINERÍA

La minería parece un gran tema en Jalapa.

En las paredes de las casas de una aldea llamada San José la Sierra, cerca de Mataquescuintla, se anuncia la existencia del Movimiento Serrano contra la Minería, el MSM. “Minero visto, minero muerto”, decían las pintas.

En Mataquescuintla se organizó una consulta comunitaria para preguntar a la población su opinión sobre la minería. El 98 por ciento de la gente dijo que no quería presencia de minas en el territorio.

Un grupo de hombres trabaja en una ladera, en algún lugar entre Mataquescuintla y Jalapa. La tierra está sembrada con milpa, pero los hombres están cavando en fila, como si estuviesen instalando una tubería o algo así. Nos miran pasar. Nos detenemos y saludamos. “Esos son los mineros”, dice uno de ellos. Los otros ríen. Les preguntamos si podemos tomar una foto. Ellos se niegan.

OTOÑO EN JALAPA

Piedra, madera, hojarasca.



Descendiendo desde la cabecera departamental de Jalapa nos encontramos con estos paisajes castellanos. Bosques de hoja caduca y muros de piedra separando las propiedades.

CIUDADES INTERMEDIAS

Pedaleamos entre Jalapa, Monjas y El Progreso, ya en el departamento de Jutiapa. Pueblos prósperos de tamaño mediano, Jalapa un poco mayor.

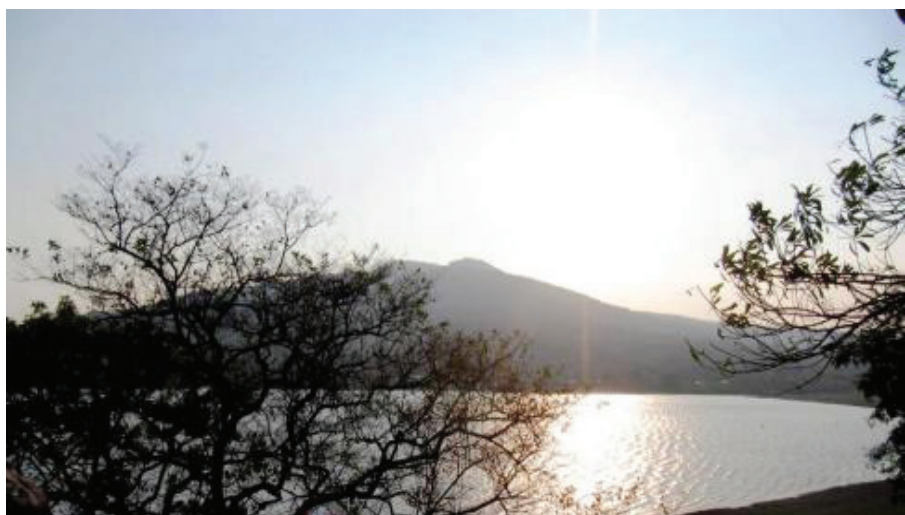
Se asientan en valles fértiles, al pie de volcanes pequeños, como el Suchitán. La agricultura comercial abunda; los regadíos y los invernaderos. Vemos las grandes plantaciones de la transnacional frutera Del Monte a la entrada de Monjas. Son papayas y melones. También abunda la arquitectura de remesas: casas de suburbio estadounidense en pleno oriente guatemalteco. Los adolescentes van a la escuela en moto, recorren calles plagadas de franquicias, bancos y gimnasios. Si Guatemala tuviese que encontrar verdaderos símbolos nacionales, estos tendrían que ser La Holandesa, Elektra y Pollo Campero.

En estos pueblos la vida transcurre tranquila, sin apenas delincuencia, entre sueños de consumo y éxito individual. Todo ocurre en una inconsciencia feliz, ajena a lo que sucede a pocos kilómetros, en las montañas. Allí los campesinos cuentan para cuántos meses les alcanzará el maíz que cosecharon.

FRONTERA

Tras un par de días pedaleando por las tierras calientes de las llanuras de Jutiapa, llegamos a Asunción Mita. El pueblo de un señor al que nunca conocimos pero del que sabemos más que algunos miembros de su familia o amigos. Cosas del periodismo. Pronto sabrán de qué les hablamos.

La carretera de entrada al pueblo es una larga recta flanqueada por ceibas, conacastes y matilisguates. La sombra es en esta zona una necesidad. Pero los árboles majestuosos de la tierra caliente apenas están presentes en los parques centrales de los pueblos y el borde las carreteras. Comenzamos a vislumbrar las montañas de El Salvador al llegar a la laguna de Atescatempa, uno de los lagos más bonitos que hemos visto en Guatemala. En San Cristóbal Frontera hay un circo y una iglesia evangélica. La entrada al circo cuesta Q10, el culto evangélico es gratuito. Hoy es un día especial porque la iglesia está recaudando fondos y el pastor predica desde una tarima en el patio de una escuela. A su alrededor hay puestos de comida, de música cristiana, un concierto. El predicador viste con un traje negro de poliéster brillante. Promete a los fieles que si emprenden un negocio tendrán éxito a pesar de que el demonio tratará de desalentarlos a través de la envidia de sus amigos. La gente escucha y levanta los brazos. La chiquillería corre y canta entre los asistentes. Todo es alegre y triste al mismo tiempo. Mañana cruzaremos nuestra primera frontera.





EL MISTERIO DEL CAFÉ

Ascendemos desde Ahuachapán, un municipio a 100 kilómetros al occidente de San Salvador, hasta las cumbres de la sierra de Apaneca-Ilamatepeq. Haremos eso que los salvadoreños llaman la Ruta de las Flores, un recorrido de alrededor de 40 kilómetros que va desde este pueblo hasta Sonsonate, entre montañas nubosas y plantaciones de café.

Hoy todo es subida bajo un sol poderoso. Desde Ahuachapán a Apaneca, el segundo municipio más alto de El Salvador, ascendemos aproximadamente 17 kilómetros sin descanso. En medio de la ruta nos encontramos con el pueblo de Ataco, que nos salva de la insolación.

Apaneca y Ataco son eso que las guías turísticas llaman pueblos pintorescos; casas bien pintadas de vivos colores, viejos tejados de teja, calles adoquinadas; pueblos que tratan de venderse al turista a imagen y semejanza de La Antigua, como mini parques temáticos del café.

Apaneca y Ataco son pueblos pequeños y poco poblados. Al caer la noche, somos los únicos en pasear por las calles. Son pueblos casi ficticios, con mercados minúsculos y contados puestos callejeros de pupusas

o hot dogs. Todos parecen estar esperando la llegada del fin de semana para que por fin se acerquen los capitalinos a gastar y así todo vuelva a la vida. Nadie parece campesino. Hay artistas, artesanos, hoteles, viveros de orquídeas, restaurantes peruanos. Nos preguntamos quién cortará el café sembrado en la montaña.



¿Será que esta no es realmente una zona cafetalera importante? ¿Será que el campo salvadoreño está vacío? ¿Será que estamos acostumbrados a un país verdaderamente cafetalero, en el que las plantaciones se extienden por todos lados y la mano de obra barata abunda?

Lo cierto es que a los salvadoreños el truco les funciona. Apaneca y Ataco son lugares realmente agradables. Quizás la cultura cafetalera solo es comercial de esta manera. Presenciar a un pueblo campesino con una cultura degradada, atrapado dentro de una finca, probablemente, resulta más difícil de digerir.

EL MISTERIO DE LAS FLORES Y LOS INDÍGENAS

Descendemos un kilómetro tras otro desde Apaneca. Más hoteles, viveros, café. Seguimos sin noticias de los campesinos y las flores. Dicen que esto se llama Ruta de las Flores porque cuando florece el cafeto, las montañas se llenan de blanco. Pero hasta el momento, prácticamente, las únicas flores que hemos visto son las que el Ministerio de Turismo mandó pintar en los postes de la luz.

Llegamos a Juayúa, un pueblo que tiene una réplica del Cristo Negro de Esquipulas y atrae también peregrinos. Es más bullicioso que los pueblos que están más arriba en la montaña, Ataco y Apaneca. Más real. Nos bañamos en unas cataratas cercanas al pueblo. La basura que dejó la Semana Santa está intacta. Resulta complicado caminar sin pisar un triple litro de Pepsi.

Seguimos el descenso por la sierra hasta Nahuizalco. Aquí la cercanía de la tierra caliente de Sonsonate se siente. Dicen que Nahuizalco es uno últimos pueblos salvadoreños en los que se ha conservado el náhuatl como segundo idioma y algunas mujeres visten

trajes típicos. No encontramos rastro de ninguna de ambas cosas. Pero sí encontramos un pueblo de artesanos, fabricantes de hamacas y mecedoras; dos instituciones de la cultura salvadoreña.



El mercado de Nahuizalco, oloroso y destartalado, invade el Parque Central. Es un mercado nocturno, que bulle más allá de las 7 de la tarde. Algunos vendedores colocan candelas en sus puestos. Mientras paseamos sorteando los charcos de líquidos

desconocidos, la luz de las velas ilumina los trozos de carne colgando, las chancletas chinas de angry birds, las papas fritas brillantes de aceite. Nos sentimos como en casa.

LA DESOLACIÓN

Desolado puede ser un paisaje o un estado de ánimo.
O ambas cosas.

Montar en bicicleta por el arcén de una autopista es desolador. Hay que soportar el tráfico continuo, el humo y los bramidos de los grandes trailers. Aguantar el olor de la basura en descomposición que se acumula en las cunetas. Sortear los perros destripados.

Sabíamos que para dirigirnos hacia el oriente era inevitable hacer un pequeño tramo por una gran carretera, pero nuestro mapa miente. Continuamente. Así que el pequeño tramo de autopista se convirtió en la ruta de un día y medio.

A diez kilómetros de la ciudad de Quezaltepeque pinchamos. Para cambiar la rueda buscamos un poco de sombra y nos detuvimos frente a la casa de una señora que vive en el arcén de la autopista. En su puerta, la señora hace masa de maíz en un molino y soporta con estoicismo la suma terrible del calor del aparato y del mediodía.

Cambiamos el tubo, y cuando ya todo está bien

decidimos hinchar un poco más el neumático y reventamos la válvula. Era el último repuesto que nos quedaba. Desolación es definitivamente un estado de ánimo.

La señora nos deja lavarnos las manos en la pila de su casa. Sus hijas llegaron de la escuela y nos observaron con alegría. Un muchacho en bicicleta se ofreció a llevarnos a un taller cercano.

Hay un agujero en medio de los bloques de hormigón que constituyen la mediana de la autopista. Es el acceso para cruzar al otro lado. Es el camino a la escuela. No hay nada mas peligroso que cruzar, con o sin bicicleta, una autopista llena de tráilers.



Al otro lado, en medio de ninguna parte, hay mucho polvo y varias casas dispersas. Algunas de concreto, algunas de chapa. El sitio recibe el nombre de Consumidero. En una de las viviendas hay un cartel en el que pone: Taller de vicieta. El chico del taller no está y, de todas formas, los aros de las ruedas de bicicleta tienen una anchura para la que es muy difícil encontrar tubos de repuesto en El Salvador.

No hay nada más desolador que arrastrar una bicicleta pinchada por el arcén de una autopista durante más de diez kilómetros. Los trailers pasan bramando. Hay bichos disecados pegados al asfalto. Por la cuneta corre un río de aguas negras. Unas vacas pastan entre la basura. A una de ellas se le ha quedado atorada la cabeza en una caja de cartón y muge desolada.

SAN ROMERO DE AMÉRICA

Llegamos a San Salvador y entramos al parque central de la capital. La iglesia era más bonita antes, cuando sobre el pórtico principal corría una colorida cenefa de azulejos de La Palma, un pueblo de El Salvador conocido por sus artesanías. El arzobispo actual mandó que se quitaran los típicos baldosines, y ahora la catedral de San Salvador luce de blanco inmaculado.

La cripta de Monseñor Romero bajo la catedral es un espacio amplio, también blanco, pero hoy las columnas que rodean su altar central están decoradas con coloridos tejidos. La gente lleva pequeños ramilletes de palma y rodea, en círculo, el altar, la cripta, y a los sacerdotes que, en el centro, ofician la misa. Hoy se cumplen 33 años del día de 1980 en que fue asesinado el arzobispo de San Salvador, Arnulfo Romero.

El sacerdote no leyó la lectura del evangelio que correspondía ese día. En su lugar ofreció a los fieles el pasaje que relata la pasión de Cristo. En la homilía

posterior acaba de dejar bien claro el paralelismo: Romero, como Jesucristo, era un hombre libre, tan libre como para aceptar lo que iba a pasarle y perdonar. Romero hablaba y todo el mundo escuchaba. Como Jesús. El sacerdote dice que las palabras de Monseñor fueron tan fecundas como la del dios de los cristianos.



El calor es asfixiante dentro de la iglesia. Dos señoras con camisetas negras se persignan y abanicán

repetidamente. Las camisetas negras, o blancas, son abundantes y llevan mensajes con las palabras de Romero. “La voz del pueblo hay que escucharla”, es una de las frases más vestidas. Los niños llevan otra con la foto del sacerdote asesinado que reza “San Romero de América”.

Sobre una de las columnas de la cripta hay un cartel con una foto de Monseñor elevando los brazos, y las palabras que pronunció en misa veinte días antes de ser asesinado: “un pueblo desorganizado es una masa con la que se puede jugar; pero un pueblo que se organiza y defiende sus valores, su justicia, es un pueblo que se hace respetar”.



A las puertas de la catedral se agolpan los vendedores. Hay aguas frías y posters, libros y medallas de

Monseñor Romero. Hay algo en el ambiente, una mezcla de religión, política, simple curiosidad y merchandising.

Romero no es que sea el Gerardi salvadoreño. Va más allá, es la Virgen de la Guadalupe salvadoreña.

UNA TESIS SALVADOREÑA

Hoy cenamos pupusas y pilseners bajo un inmenso árbol de mango. Estamos en el parque central de un pueblo llamado San Matías, unos 40 kilómetros al noroeste de San Salvador, de vuelta en las montañas tras haber atravesado los dominios azucareros. Estamos cerca del área suburbana de la capital, pero este es un pueblo chiquito, tranquilo.

Una banda infantil terrible ensaya en medio del parque central mientras cenamos. San Matías tiene calles adoquinadas y limpias, viviendas coloridas. Las puertas de las casas están abiertas. Sus habitantes dejan entrever pedazos de sus vidas. Señores panzones en sus hamacas viendo un partido del Barcelona, fotos de familia enmarcadas y colgadas en la pared, un niño que abre la puerta del refrigerador.

Este es un pueblo transparente.

Los salvadoreños abren sus puertas en muchos sentidos. Y dejan entrever una sociedad que a pesar de todos los todos está tranquila consigo misma.



El Salvador es un país pequeñísimo, en general abarcable, comprensible para quien lo mira. Al llegar, se entiende rápido como funciona la política. Hay dos partidos, uno de izquierda y otro de derecha, cada vez más iguales. Las alcaldías del FMLN pintan sus paradas de autobús de rojo, y las de Arena con la bandera de Francia. Ambos pelean, pero están institucionalizados.

Las pandillas son también dos, la 13 y la 18, y están por todas partes, han marcado sus territorios por

todo el país, tienen más presencia que el Estado. En ellas, y en ninguna otra parte, reside el mal. El mal es en El Salvador identificable; se viste como recién deportado de Los Ángeles y hasta calza un modelo concreto de zapatos deportivos.

Estos cuatro grupos, tan fáciles de identificar, hacen que El Salvador sea un rompecabezas del que, al menos, conocemos la forma.

SUCHITOTO

Suchitoto es un pueblo hermoso, de la misma forma que lo son otros en El Salvador sin la necesidad de ser declarados Ciudad Patrimonio de América por la UNESCO.

Las casas grandes, de corte colonial, la iglesia blanca, las calles empedradas, las paredes encaladas, las buganvillas asomando por las tapias.

Suchitoto estuvo cerca de la capital del país, en un anterior emplazamiento de la ciudad de San Salvador, y tuvo su esplendor en el siglo XVIII con la producción del añil.

Suchitoto es como La Antigua de Guatemala solo que es un pueblo de verdad, con gente viviendo en él. Es evidente que Suchitoto no tuvo la importancia ni el poder económico que ostentó La Antigua, no hay una iglesia en cada esquina; pero en los zaguanes de las enormes casas la gente duerme la siesta en una hamaca.



En el parque central hay un café para turistas. Nosotros comemos pan con queso sentados en un banco mientras escuchamos el cd de música revolucionaria que venden en el puesto de souvenirs de la esquina. Suena el Poema de Amor de Roque Dalton:

Poema de amor

*Los que ampliaron el Canal de Panamá
(y fueron clasificados como “silver roll” y no como “golden roll”,
los que repararon la flota del Pacífico
en las bases de California,
los que se pudrieron en las cárceles de Guatemala,
México, Honduras, Nicaragua
por ladrones, por contrabandistas, por estafadores,
por hambrientos
los siempre sospechosos de todo
(“me permito remitirle al interfecto
por esquinero sospechoso
y con el agravante de ser salvadoreño”),
las que llenaron los bares y los burdeles
de todos los puertos y las capitales de la zona
(“La gruta azul”, “El Calzoncito”, “Happyland”),
los sembradores de maíz en plena selva extranjera,
los reyes de la página roja,
los que nunca sabe nadie de dónde son,
los mejores artesanos del mundo,
los que fueron cosidos a balazos al cruzar la frontera,
los que murieron de paludismo
o de las picadas del escorpión o la barba amarilla
en el infierno de las bananeras,
los que lloraran borrachos por el himno nacional
bajo el ciclón del Pacífico o la nieve del norte,
los arrimados, los mendigos, los marihuaneros,
los guanacos hijos de la gran puta,
los que apenas pudieron regresar,
los que tuvieron un poco más de suerte,
los eternos indocumentados,
los hacelotodo, los vendelotodo, los comelotodo,
los primeros en sacar el cuchillo,
los tristes más tristes del mundo,
mis compatriotas,
mis hermanos.*

CHALATE

Cruzamos el embalse del Cerrón Grande y entramos en el montañoso departamento de Chalatenango, fronterizo con Honduras. En San Francisco Lempa comenzamos un interminable trayecto por territorio rompepiernas hasta la cabecera departamental. Dormimos en San Antonio los Ranchos, uno de esos pueblos minúsculos marcados por la presencia de la guerra, los mártires y el partido que antes fue ejército guerrillero, el FMLN.

Hemos visto ya varios así. El Paisnal, en La Libertad, por ejemplo y casi todos los de Chalatenango y el norte de Morazán. Todos tienen su estatua de Farabundo Martí, sus murales de Monseñor Romero, un monumento que recuerda a los vecinos que murieron en la guerra del pueblo, y un vecino que ha colgado una foto de Carlos Marx en la entrada de su casa.

Así es San Antonio los Ranchos.

Aquellas ideas que capturaron las mentes de una parte de los centroamericanos en los años 70 siguen vivas aquí como en muy pocos lugares en la región. No hemos visto pueblos así ni en nuestros viajes anteriores por Nicaragua.

Aunque probablemente son solo reminiscencias; la prueba de que quienes se organizaron hace 30 años y sobrevivieron son los únicos interesados en seguir haciendo política hoy, los únicos que ocupan los espacios públicos. El Che Guevara sigue presente en muchos pueblos salvadoreños, pero resulta evidente que el Real Madrid y el Barcelona ya le ganaron la mayoría del público.



LA LONGITUDINAL

Pedaleamos hasta Nombre de Jesús, uno de los pueblos más al Oriente del departamento de Chalatenango. El pueblo está a orillas del majestuoso río Lempa, que unos kilómetros más arriba se convierte en la frontera con Honduras. Nombre de Jesús es uno de esos pueblos minúsculos con el rostro del Che Guevara pintado en el parque central. Antiguo territorio dominado por las Fuerzas de Liberación Popular, las FLP.

Desde hace un par de días rodamos por una carretera construida recientemente por el Estado salvadoreño: la carretera longitudinal del Norte que une todo el Norte salvadoreño, desde Guatemala a Honduras. Ni siquiera aparecía en nuestros mapas pero ha resultado la forma más fácil de recorrer Chalatenango y dirigirnos hacia el departamento de Cabañas.

En Nombre de Jesús cruzamos un puente sobre el Lempa, nuevo, con el concreto y el asfalto brillantes. Seguimos la longitudinal hasta Sensuntepeque. Son 28 kilómetros de sufrimiento. Aprendemos a valorar cada palmo de tierra llana y a temer el sol del mediodía salvadoreño. Sensuntepeque, la cabecera departamental de Cabañas significa tierra de los 400 cerros. Damos fe de que es cierto.

Recorrer la longitudinal fue al comienzo agradable. Apreciamos las carreteras poco transitadas y en buen estado. Pero con el paso de los días se ha vuelto pesada. Hoy solo pensamos en salir de ella. Es una ruta artificial, que no pasa por ninguna parte poblada, construida volando cerros con dinamita. A los ingenieros no se les ocurrió ni siquiera dejar un árbol que haga sombra.

Ha debido costar al menos un par de cientos de millones de dólares. Y ni siquiera pasan autobuses por el tramo que hemos recorrido. Apenas vimos gente. Básicamente solo vacas de razas indias. Mañana volveremos al mundo real.



EL ÁRBOL



Una enorme vieja ceiba.

En medio del parque central del pueblo de Mercedes Umaña, departamento de Usulután, hay una enorme ceiba. Sus ramas se extienden sobre la pista de fútbol y la pista de baloncesto donde compiten los muchachos del pueblo. Sobre el recinto de juegos infantiles. Sobre el pequeño escenario donde se celebran actos o se dan las noticias importantes. Sobre el paseo, las jardineras y los bancos donde se sientan a charlar las abuelas.

La ceiba estaba allí antes que todo lo demás.

TURISMO REVOLUCIONARIO

En el oriente de El Salvador, departamento de Morazán, cerca de la frontera con Honduras, hay un pueblo chiquito en las montañas llamado Perquín. Este área fue “territorio liberado” por el Ejército Revolucionario del Pueblo, el ERP, una de las organizaciones que le declararon la guerra al Estado en 1981.

El ERP controló el norte de Morazán, desde Perquín a la frontera hondureña, y el Ejército nunca lo pudo recuperar en todos los años que duró la guerra. Este orgullo sigue presente en el pueblo y sus habitantes, a pesar de que algunas cosas han cambiado desde que el pueblo era la sede de la comandancia del ERP. Por ejemplo ahora, junto al rostro de Romero también está pintado en los muros de la iglesia el del papa Juan Pablo II.

Hasta Perquín llegan algunos extranjeros en busca de turismo revolucionario. También familias salvadoreñas que viven en Estados Unidos. Es fácil distinguirlas. Los padres utilizan artilugios como tabletas o cámaras de fotos caras, y a los niños todo lo que ven les parece “awesome”.

El museo de la revolución en Perquín es poco más que un almacén de objetos personales de los combatientes, armas, y antigua propaganda. No hay ni mucho orden, ni mucho contexto histórico. A los visitantes lo que más les gustan son las armas. Los M16 y los lanzagranadas RPG. Pero lo más interesante son las fotografías de los hombres y las mujeres que tomaron las armas. En las paredes cuelgan las biografías de algunos de ellos. Todas terminan con la fecha en la que el compañero o la compañera “cayó”. La revolución fue en realidad una guerra de la que no volvieron los que mejor la conocieron. Por eso, este museo sabe a tan poco.

Durante todo el tiempo que estuvimos en el museo se escuchaba un sonido inquietante, el quejido, constante y repetido, de alguien. Primero pensamos que en el patio exterior debía de haber algún tipo de vídeo o proyección con el testimonio de algún herido. Pero al salir descubrimos que era un señor mudo que vendía helados y que, para llamar la atención de los clientes, gritaba “*ahhhhhhahhh*” constantemente.



En el patio del museo están colocados los pedazos casi irreconocibles de un helicóptero Huey caído. Es la prueba que la guerrilla conservó de una las piezas de caza más valiosas que se cobraron. En él, en 1984, murió el teniente coronel José Domingo Monterrosa, uno de los estrategas principales del ejército salvadoreño y el autor intelectual de la masacre de El Mozote, en la que fueron asesinadas al menos 700 personas en 1982. La guerrilla lo engañó, se encargaron de que el Ejército se hiciese con un aparato de radio supuestamente abandonado que contenía explosivos en su interior. Monterrosa se enteró y lo subió a su helicóptero. Mientras volaba, estalló. Esa es al menos la versión que el museo ofrece.



A la salida, como complemento al museo, se invita a los turistas a visitar un supuesto campamento guerrillero. Hay canopy, churrasqueras, y la posibilidad de que los visitantes se tomen fotografías vestidos de verde olivo con viejas armas.

LA VIDA DE ÓSCAR

El último tramo de la carretera alternaba asfalto y terracería. La estaban arreglando. La última de las playas a las que conduce esa carretera es el Tamarindo, una de las últimas playas salvadoreñas antes que el Golfo de Fonseca convierta la costa en territorio hondureño.

Al no haber un acceso delimitado, preguntamos si podíamos meternos por alguno de los callejones que, entre los lotes o ranchos, dan acceso a la playa. Un señor moreno por el sol nos contesta con energía que por supuesto, que esos callejones son territorio nacional y que nadie puede prohibirnos el paso.

La playa del Tamarindo es una media luna de arena fina que se abre hacia el Golfo de Fonseca. A un lado se alza el volcán de Conchagua. Al frente, las islas de Meanguera y Conchagüita. Al fondo se descubren Honduras y Nicaragua. Es hermosa, probablemente una de las mejores playas que existen en el costa del Pacífico entre Chiapas y Honduras. Tiene pocos cocoteros, muchos árboles pequeños y de tronco nudoso, y cantidad de lanchas de pesca esperando la marea alta.

Nos sentamos en la arena y una señora delgada y oscura, arrugada por el sol, se aproxima y nos pregunta si somos amigos de don Mario. Le decimos que no. Ella nos sonríe y continúa su camino hasta una de las pocas pero imponentes casas de veraneo que se esconden tras los palmerales.

Luego llega Óscar.

Óscar también es delgado, moreno, afable. Tiene 42 años pero protege su cabeza con una gorra azul puesta para atrás, y quizás es eso lo que le da un aspecto juvenil. Óscar se acerca y nos pregunta si conocemos alguna crema buena para las quemaduras. ¿Quemaduras de sol? No. Óscar nos cuenta que una olla de frijoles hirviendo se le cayó encima. Que lo llevaron al hospital, pero que allí casi se muere porque le sacaban sangre todos los días y no se la ponían. Que le dijeron que había que hacer un trasplante, y eso ya fue lo que lo asustó del todo. Por eso decidió volver a su casa para curarse, pero nunca pensó que se quedaría así. Óscar se levanta la playera y deja al descubierto durante unos segundos un torso y abdomen completamente deformados por unas terribles quemaduras de tercer grado.

Óscar es del Tamarindo, allí vive con su viejita, pero hace más de un año que no puede salir a pescar porque las quemaduras le han dejado el brazo izquierdo pegado a la axila. También tiene problemas para mover una pierna.

En la playa apenas hay gente. Unos hombres de piel blanca haciendo kitesurf, unas señoras de elegante bañador negro.

Una moto de cuatro ruedas pasa con dos viejos de bermudas coloridas y gafas de sol. El que va en la parte de atrás nos saluda.

-Ese es Don Félix -dice Óscar.

-¿Qué Félix?

-Don Félix Simán.

En la playa de El Tamarindo tienen casa algunas de las familias más poderosas de El Salvador. Los Simán. Los Saca.

Óscar nos cuenta que mientras gobernó “el otro partido”, ARENA, los propietarios de las hermosas casas mantuvieron cerrados los callejones y limitaron el acceso a la playa. Incluso los pescadores tenían problemas para llegar. Por eso, aún hoy llega poca gente a esta playa; piensan que es privada.

Óscar no siempre fue pescador. Cuando tenía diez años se fue de mojado a los Estados Unidos. Allí lo esperaba parte de su familia. Trabajó de cocinero en Annapolis, estado de Washington, y se casó con una “morena”. Cuando dice “morena” quiere decir “negra”, y cuando dice que se “casó” quiere decir que directamente se llevó a la muchacha porque le gustaba y ella estaba de acuerdo. El problema es que sus padres no pensaban lo mismo. La muchacha tenía quince años, y él se pasó cuatro en la cárcel.

-Pero la cárcel en los Estados Unidos es buena. Hay teléfono, televisión y restaurante. Lo único es que no puedes salir -dice Óscar.

Luego se marchó a Cleveland, estado de Ohio. Allí se “casó” con una borícuca que solo lo quería en verano, cuando trabajaba. Cuando llegaba el invierno lo botaba de la casa porque no traía dinero para pagar el cable. En invierno Óscar se buscaba la vida quitando nieve de la calle.

Para Óscar lo peor de los Estados Unidos es que no se puede pescar como en el Tamarindo. Hace falta tener licencia. Él

fue al río a escondidas en Annapolis, y se hizo con un buen pescado para la cena. Pero llegó una patrulla, y el policía, que era portorriqueño, se llevó el pez y le puso una multa de 500 dólares. No volvió a pescar allá.

Óscar no sabe leer ni escribir, nunca fue a la escuela, pero sabe inglés.

Estuvo diez años o más en los Estados Unidos. No se acuerda. No hizo mucha fortuna porque se murió un familiar y parte del dinero es para la familia, lo normal. Pero compró un pequeño lote en el que vive con su viejita, Catalina, y ve cómo las barcas salen a pescar.



AUTOHOTEL

En El Salvador, un país en el que abundan los carteles explicativos e indicaciones para turistas pero escasean los turistas, es difícil encontrar hotel. Al contrario que en Guatemala –un país en el que escasean las indicaciones turísticas y abundan los turistas–, apenas hay hospedajes, ni siquiera en las cabeceras municipales.

En estas circunstancias los autohoteles constituyen la mejor/ única opción.

No solo ofrecen la mejor relación calidad precio sino que, además, casi siempre encontrarás uno a la salida del pueblo. Y si no, solo hay que preguntar, todos saben dónde está.

Por entre 10 y 15 dólares ofrecen una cama grande, una ducha de agua fría e incluso televisión por cable. También abundan los espejos y esos enormes aparatos de aire acondicionado que al encenderlos suenan como el expreso de las 8 y treinta. Eso sí, la temperatura es fija, están pensados para combatir el calor nocturno, así que es probable que pases frío si la única actividad planificada es dormir.

Los autohoteles tienen nombres inspiradores: El Crucero del Amor, El Paraíso, El Amor Platónico. En los más serios, además del papel higiénico, el jabón y las toallas te regalan un preservativo y te llaman al teléfono de la habitación para indicarte que se te ha acabado el tiempo. En la pared siempre hay un cartel que pone que el rato son dos horas y que cada hora extra se paga a tres dólares.

Lo mejor es llegar al autohotel sobre las seis de la tarde, así podemos descansar hasta las seis o siete de la mañana y comenzar a pedalear desde buena hora.

Lo único malo de los autohoteles es que no saben qué hacer cuando les pides la llave para cerrar la habitación porque vas a salir a cenar. La gente en los autohoteles no necesita llaves: entra y sale solo una vez. Y cuando sales hay que tener cuidado de no olvidar cerrar la persiana de metal o cortina de plástico del garaje que corresponde a tu habitación, no vaya a ser que cuando regreses te encuentres a una pareja dentro.



JIQUILISCO

Jiquiliscoallavoooooy... cantamos mientras pedaleamos por la península de San Juan del Gozo.

Unos kilómetros al oriente de la desembocadura del río Lempa, la costa de El Salvador se fragmenta en decenas de islotes: es la bahía de Jiquilisco. La bahía es amplia, de color azul intenso, salpicado del verde de los manglares. En la mayor parte de las islas solo hay mangle, no gente.

La península de San Juan del Gozo es el enorme brazo de tierra que abraza y cierra la bahía. Pedaleamos por una carretera larga, plana y nueva. Es la única evidencia de la presencia del Estado salvadoreño en esta zona, pues los pozos de agua que la gente tiene en sus pequeños ranchos llevan el logotipo de la Cruz Roja, y las letrinas y la escuela son obra de otras ONGs. La E12 fue la última de las tormentas que arrasó esta delgada llanura pegada al mar.

Hasta el principio de la península todavía hay azúcar, luego aparecen unas piscifactorías de camarones, y luego ya solo amplias extensiones de marañón, mangos y bastantes vacas. El refresco de semilla de marañón huele a tostado.

Viajamos hasta Isla de Méndez que, en verdad, no es una isla, pero recibió su nombre del hecho de que durante mucho tiempo sus habitantes vivieron aislados, hasta que se rellenó con tierra y se habilitó el camino de acceso. En Isla de Méndez tuvimos la fortuna de pinchar un neumático a escasos metros de un sitio de turismo comunitario donde pudimos comer pescado y descansar.

A un lado de este delgado brazo de tierra descubrimos una larguísima y desierta playa abierta al Pacífico. No se tiene muy a menudo la oportunidad de disfrutar de una playa así para uno solo. Aunque eso sí, el océano, en su lenguaje, nos dejó muy claro que mejor pensarse dos veces eso de meterse en él. Al otro lado, en la bahía, el agua en cambio es tranquila. Fue un baño estupendo. Eso mismo debieron de pensar las dos enormes y rosadas cerdas que vinieron a refrescarse con nosotros.

Al día siguiente continuamos nuestro camino hacia la punta de la península, hasta un lugar llamado Corral de Mulas (la gente debería pensar en que cuando comienza a nombrarse así a un determinado lugar es muy probable que acabe teniendo ese nombre). En Corral de Mulas, como en el resto de la península, el tiempo discurre lento y nosotros esperamos en la playa a que acabaran las clases. A las 12 del mediodía los maestros salieron de la escuela y nosotros aprovechamos el jalón en su lancha para cruzar a Puerto Triunfo, el puerto de acceso principal a la bahía de Jiquilisco.



UNA DESPEDIDA

Salimos de San Miguel, una de las ciudades más grandes de El Salvador, por una carretera conocida popularmente como la Ruta Militar. Probablemente se llama así porque fue construida por el Ejército durante la guerra para poder llegar al departamento de Morazán, territorio controlado por la guerrilla. Nosotros precisamente vamos a Morazán, aunque solo de paso. Antes de llegar a San Francisco Gotera, tomamos el desvío hacia Santa Rosa de Lima, ya cerca de la frontera hondureña. Este es nuestro último día en El Salvador.

Santa Rosa de Lima es un pueblo fronterizo cualquiera; caliente, bullicioso y comercial, con una sede de Alcohólicos Anónimos en cada esquina. Esta noche cenamos sardinas de lata sentados en las escalinatas de la iglesia. La misa del domingo en la tarde se escucha de fondo. Tratamos de hacer balance de estas semanas pedaleando por El Salvador.

Este país tenía el potencial de ser como la ciudad de Escuintla, en Guatemala, pero con la dimensión de un país. Y por

momentos así fue. Caliente hasta el sopor; con carreteras por las que truenan tráileres de doble remolque rebosantes de caña de azúcar; lleno de vendedores ambulantes, ríos de aguas negras y basura en descomposición botada por una sociedad que se hunde en su abundancia. El Salvador, y más aún en el final de la época seca, cuando hace seis meses que no llueve, fue así de desolador.

Pero si algo nos ha sorprendido es la belleza de sus pueblos chiquitos. Lugares como Ataco, San Matías, San Francisco Lempa, Suchitoto, Nombre de Jesús, Jocoro. Lugares a los que volveríamos con mucho gusto a tomar pilseners y cenar pupusas. Nunca vimos lugares así en Guatemala.

Aquí aún hay pueblos que no se han dejado invadir por los vendedores y los autobuses; que no decidieron borrar su pasado y cualquier aspiración estética. El Salvador conserva una belleza simple y antigua que no logramos explicar. Quizás la preservación de sus pueblos solo ha sido posible por su abandono. Porque si hay algo que diferencia a El Salvador de Guatemala es que aquí el campo está poco poblado.

El Salvador ha apostado todo por el sueño americano. Y eso se hace evidente en todas partes en el país. Casi todos los hombres que conocimos vivieron en algún momento en los Estados Unidos. Casi todas las mujeres que conocimos nos hablaron de sus hijos en los Estados Unidos. El turismo en El Salvador, de hecho, está enfocado en los emigrantes que regresan de vacaciones, ya como turistas, con shorts y cámara de fotos.

Los ricos han seguido el mismo principio. Dolarizaron el país y vendieron sus principales negocios; los bancos, el cemento, la cerveza.

El Salvador es en realidad una nación que existe desde Canadá hasta el Golfo de Fonseca. Existe en los que están allá, en los que están acá y viven de los de allá, y en los que están tratando de llegar allá. Nosotros solo conocimos una parte de esta realidad.

Por cierto, los salvadoreños tienen que afrontar ya un problema. ¿Existe algún sistema para garantizar que te sirvan las pupusas que pediste?



LA TIERRA CALIENTE

Entramos en Honduras atravesando el puente sobre el río Goascorán, uno de esos puentes contruidos por la cooperación japonesa tras algún desastre natural que tanto abundan en Centroamérica. Nuestra estancia en Honduras será breve. Lo necesario para atravesar los aproximadamente 130 kilómetros de tierra hondureña que separan El Salvador y Nicaragua, nuestro verdadero destino ahora. Honduras tendrá que esperar para la vuelta. Lo de ahora será solo una primera aproximación.

Cruzamos la frontera y entramos en el departamento de Valle. A tres o cuatro kilómetros, junto a un basurero ilegal y el cadáver de un ternero en proceso de ser devorado por los zopilotes, nos encontramos con un memorial de la guerra entre Honduras y El Salvador de 1969. Nunca antes habíamos visto un monumento a esta guerra perdida en la historia. Por lo visto, por aquí, en las montañas del municipio de La Arada, los salvadoreños iniciaron su ofensiva y los hondureños no pudieron hacer nada para impedir el avance.

Pilar recordó ese pasaje del libro *La Guerra del Fútbol*, de Kapuściński, en el que se habla de un soldado que enterraba

las botas de sus compañeros muertos para ir a buscarlas cuando acabase la guerra y repartirlas entre sus hermanos.

Pero en este memorial no hay ni recuerdo de que los hondureños perdieron, ni de las miserias de aquel conflicto.

Seguimos camino y entramos en Nacaome, la cabecera departamental. Pasamos por San Lorenzo. Atravesamos uno tras otro puentes bajo los que corren cauces de ríos totalmente secos. Son ríos anchos y rectos que fluyen hacia el Golfo de Fonseca. Entramos en Choluteca, la principal ciudad del sur hondureño. Nos sorprende una ciudad bonita y amable, con un centro colonial. Algunos hombres llevan guayaberas, los niños uniformes escolares impecables y las mujeres pasean con sombrillas para protegerse del sol. Choluteca no parece lo que es, una de las ciudades más pobres de unos de los países más pobres de Latinoamérica.

Al caer la tarde, descansamos. Hoy pedaleamos más de 80 kilómetros. Fueron casi siempre llanos, pero bajo un sol poderoso. Vimos granjas camaroneras y salinas. Vimos a lo lejos grandes buques en el Golfo de Fonseca sin sentir ni una brizna de la brisa marina. Pedaleamos por hectáreas y hectáreas de melones de exportación y atravesamos el imperio del azúcar que el Grupo Pantaleón, de Guatemala, ha construido en Choluteca. Es fácil reconocer su presencia. Su nombre está en cada parada de bus que construyeron y en cada miserable escuela primaria que pintaron con su logotipo.

Pedalear por Honduras es lo más parecido que hemos hecho a participar en el Tour de Francia. Tanta gente nos saluda y nos anima que Pilar hoy parecía la Reina de Inglaterra.



EL TRIUNFO

La llegada a El Triunfo fue un tanto accidentada. Íbamos a casa de los amigos de un amigo. Habíamos quedado en llegar a las seis de la tarde, pero la misma rueda reventó tres veces y se nos hizo de noche antes de llegar al pueblo.

Desde la CA1, el desvío a El Triunfo es un camino terrible de piedra y tierra. Noche oscura, sin luna. En el intento de conservar en buenas condiciones nuestros dientes y neumáticos decidimos caminar, hasta que una patrulla de la policía hondureña nos encuentra y, después de regañarnos severamente por andar en aquel camino “tan solo”, nos obliga a pedalear de nuevo. Los últimos kilómetros los hacemos a la luz de los faros de un picop policial, rezando para que aguanten nuestras cuatro ruedas.

Xiomara nos había esperado durante horas. No nos conocíamos pero nos reconoció al instante. Dos “gringos” con casco de ciclista no es algo que aparezca por el pueblo todos los días.

El pueblo lo descubrimos al día siguiente. Al final de la época seca El Triunfo es un pueblo olvidado en medio del desierto.

Julio y Reina son una pareja amable, con una situación desahogada. Tienen una pequeña tienda en casa, Reina trabaja en otra distinta y, además, disponen de un poco de terreno con ganado. Xiomara es su ahijada.

Julio nos explica que aquí el principal bien es el agua. Quien no tiene riego solo puede cultivar durante los meses de lluvia. Aquí el calor es tan intenso que solo se da el maíz de ciclo corto, que en 60 días ya produce elotes. Las lluvias dan para dos cosechas y nada más. Este sistema le garantiza mano de obra abundante a los azucareros, porque la zafra comienza precisamente cuando deja de llover. Y solo los azucareros y los meloneros tienen acceso a riego.

Xiomara nos lleva a conocer algunos de los proyectos en los que ha colaborado la ong de nuestro amigo en común. Un pequeño puente sobre una quebrada permite que, en invierno, los niños que van a la escuela por la tarde no tengan que esperar durante horas a que el nivel del agua baje para poder regresar a sus casas. Una delgada línea eléctrica que ilumina a la gente que vive en las comunidades más alejadas. Y una pequeña biblioteca en la comunidad de El Cedral. En esta comunidad, a treinta minutos andando de El triunfo, ya no hay cedros, pero sí un pequeño espacio limpio y fresco con libros. Hay algunos libros de texto hondureños, bastantes ejemplares de la colección Barco de Vapor con los que muchos españoles aprendimos a leer y clásicos de siempre como *La cenicienta* y *La Celestina*. En el Triunfo no hay biblioteca.

Pero el proyecto más importante son las becas que han permitido a algunos niños o niñas, como Xiomara, seguir con sus estudios y graduarse en secundaria de algún oficio. Xiomara estudia para ser maestra y nos lleva a conocer a Lucy y Alida, las maestras de El Cedral.

Como en otros países de la región, quien quiere ser maestro en Honduras se ve envuelto en una maraña burocrática que solo tiene un propósito: no funcionar para que sea el clientelismo político el que de verdad haga funcionar al sistema.

Las maestras nos cuentan que el que no se acerca a los partidos políticos no consigue su plaza. Por eso hay quien tiene dos plazas, una en la mañana y otra en la tarde y quien tiene que trabajar seis años gratis hasta conseguir una.

Ese es el caso de Lucy, una mujer morena, redonda, alegre. Tiene 50 años y camina durante una hora desde su comunidad, Nance Dulce, hasta El Cedral para dar clase, de 8 a 12 de la mañana, a cien niños de seis grados distintos. En Nance Dulce también hay escuela y también se necesita maestra, pero eso parece que no le importó a nadie en el Ministerio de Educación.

Lucy cobra el salario mínimo, siete mil lempiras, (menos de tres mil quetzales) y de esa cantidad debe sacar los materiales mínimos que necesita para sus clases. El Estado solo manda el maíz para hacer la merienda.

Lucy se para en medio del patio, en medio de la chiquillería, y se asombra admirada de que vengamos en bicicleta desde Guatemala.

Cuanta energía tienen que tener, nos dice.

Energía la suya, le respondemos.

CUANDO ÉRAMOS CHAVALOS

Estamos en Nicaragua. Llegamos a la ciudad de Chinandega, y pedaleo buscando una clave. Quizás una esquina, una calle, algo que active mi memoria. Pero nada, de esta ciudad solo guardo retazos, rincones inconexos de una casa. Nada de su paisaje exterior. Deber ser que cuando eres pequeña el universo se reduce a lo doméstico, porque lo importante siempre está cerca.

Era una casa extraña, de geografía extranjera. Recuerdo quizás un corredor que se abría a una pequeña sala, con muebles de madera, donde había un televisor como el que tenía mi abuela. Recuerdo mecedoras y jugar a ver quién se balancea más rápido con mis hermanos. Quizás recuerdo una sala amplia y luminosa con una mesa, también de madera, en la que por las mañanas nos ponían jugo de naranja y CornFlakes. Creo que el jugo de naranja no era natural.

Recuerdo a mi madre sentada en esa mesa dándonos el desayuno.

Recuerdo una habitación no muy grande, con dos camas gemelas, no muy grandes. En una de ellas dormía mi hermana

Rocío con mi hermano Fernando, en la otra lo hacíamos mi hermana Carmen y yo. O quizás era yo la que dormía con Rocío y Carmen con Fernando.

No recuerdo dónde estaba el cuarto de mis padres.

Recuerdo que la señora de la casa era sibilina. Una mujer gruesa que parecía amable pero que en realidad no lo era tanto. Al menos no con mi madre y con nosotros, que llegamos ese verano; con mi padre, que vivió allí hospedado todo ese año, seguro que sí.

Recuerdo que mi padre le pidió a mi madre que trajese unas revistas del corazón y una crema para la cara de esas que anuncian por televisión porque la señora le había sugerido que le gustaban. Recuerdo que, cuando llegamos, mi padre le dio esos regalos, y ella fingió sorprenderse mucho y le preguntó que cuánto le debía solo para que él le contestase que nada.

Esa es la única vez que mi madre ha comprado una revista del corazón. Mi madre es, y entonces más todavía, una mujer delgada, guapa y elegante. Y siempre tuve la impresión de que aquella conjunción de cosas no agradaba a aquella señora. Ella se portó todo lo bien que debía portarse con nosotros para que fuéramos conscientes de que solo se portaba bien con nosotros porque debía hacerlo. Pero era evidente que, en aquella casa, solo era bien recibido de verdad el comandante vestido de azul que entonces era mi padre.

También recuerdo, ligeramente, una zona con una pila, una especie de patio trasero y en él una imagen. Una mujer negra, delgada, con un bebé negro, de pañal blanco, en los brazos. La chica negra lavaba y limpiaba en aquella casa. Un día, la mujer negra le dijo a mi madre que su bebé tenía fiebre y le preguntó si ella tenía alguna medicina que poder darle. Mi madre, después de investigar los síntomas de bebé, le dio una

caja de aspirinas infantiles de esas verdes de Bayer, no sin antes explicarle cuidadosamente cuántas y cada cuánto debía darle. Recuerdo a mi madre preocupada contar que aquello había sido “una mala cosa”, porque el bebe se curó, pero luego se volvió a enfermar, en esa ocasión de diarrea, y su madre le volvió a dar las aspirinas.

A los pies de la mujer negra había una cacatúa blanca. Un bicho desagradable y peligroso al que habían cortado las alas y andaba pegando saltitos por el suelo. Gritando algo que no recuerdo. Recuerdo, eso sí, que aquel animal era una de las cosas que más nos distraía en aquella casa en la que las horas y el calor pesaban como losas.

Creo que una noche mis padres salieron porque mis hermanos y yo nos quedamos viendo una película en la televisión hasta tarde, tan tarde que incluso nos fuimos a la cama por propia iniciativa. El recuerdo de aquella horrible película todavía nos persigue, creo que por eso nos dejó verla aquella señora.

Era una película sobre el holocausto judío pero centrada en los niños. En niños tan pequeños como mi hermano Fernando en aquel entonces. En una de sus escenas, un niño de unos 5 años le pasaba un trozo de pan a su hermanita pequeña a través de una alambrada de espino. En otra se veía una enorme sala en que desnudaban a los niños antes de matarlos con gas. Eran niños muy pequeños. Los americanos estaban a punto de llegar. Los nazis se quedaron sin gas y entonces iban tomando uno a uno a los niños desnudos y los colgaban con una soga. Los americanos nunca acababan de llegar. En verdad no sé si llegaron, pero tengo grabada la imagen de una niña pequeña, de pelo rizado, desnuda, llorando en lo alto de una pila de cuerpos infantiles.

Una vez, años más tarde, hablamos en casa acerca de esa mujer. Mi padre dijo que era muy simpática, pero, en su fuero

interno, no debía de estar tan convencido porque esa fue una de las pocas ocasiones en que, a pesar de las cinco opiniones contra una, medio nos dio la razón con un escueto “pues yo pensé que sí”.

No sé si esa mujer sigue viviendo en Chinandega. Lo que es cierto es que aquella Chinandega ya no existe. Entonces era 1990, y yo era una chavala de 11 años. Violeta Chamorro acababa de ganar las elecciones y, según mi madre porque ya dije que yo no recuerdo, la mitad de las casas de la ciudad estaban derruidas.

Hoy Chinandega es una ciudad bulliciosa, de calles y avenidas en cuadrícula perfecta, llena de pulperías y ventas callejeras. En el parque central hay una docena de cafetines donde las familias y las parejas comen hotdogs y hamburguesas gigantes, y jugos en jarras de cristal de un litro. El centro del parque está repleto de toboganes, balancines y otros juegos, y la chavalería lo inunda todo de ruido y de alegría. Es domingo, la gente pasea, come, conversa, nunca he visto tanta vida en las calles de una ciudad centroamericana a las diez de la noche. Y lo bueno es que, en esta ocasión, que ya no soy tan chavala, seré capaz de recordarlo.

COSIGÜINA

Nos adentramos unos 40 kilómetros en la península de Cosigüina, el brazo de tierra nicaragüense que abraza el Golfo de Fonseca.



Buscamos las playas del parque natural del Estero del Padre Ramos. Por el camino nos encontramos de nuevo con la presencia del grupo azucarero guatemalteco Pantaleón. El Ingenio Monte Rosa es de su propiedad. La caña ocupa enormes extensiones de la península. Era sábado en la tarde, pero la zafra seguía a todo ritmo, corriendo para evitar las lluvias ya inminentes. Al llegar a Jiquilillo vimos el mar. Con la marea bajísima y la arena endurecida por el sol, pedaleamos por la playa unos 3 o 4 kilómetros hasta llegar al Estero del Padre Ramos. Atardecía y allí tomamos estas fotos donde la playa del océano se encuentra con la playa de la bahía. El pueblo es pequeño, una comunidad de pescadores. En la playa conocemos a Luis. Las mareas siempre traen a la costa a personas como él, un alcohólico de goma deportado de los Estados Unidos obsesionado por demostrarnos que a pesar de todo él es buena gente. Luis nos contó cómo fue su vuelo de regreso desde Virginia. Nos dijo que volar en un avión no era gran cosa, que no había nada como adentrarse 15 kilómetros en el mar solo en su lancha. Después amenazó con matar a cualquier mexicano al que se le ocurriese llegar a su playa. No le quedó buen recuerdo de los mexicanos en general y los policías en particular después del viaje para el Norte. En el Estero hay que tener cuidado en cuanto oscurece. Los cangrejos dominan los caminos y más vale tener una linterna para no pisarlos. Cuando alguien se les acerca se ponen en posición de ataque. En la noche, por primera vez, nos despertó el sonido de una fugaz tormenta nocturna.

EL PARTIDO

Llegamos a Posoltega, un pueblo rodeado por las tierras del Ingenio San Antonio, situado entre los departamentos de León y Chinandega. Es la tierra de las grandes llanuras fértiles al pie de los volcanes, el corazón agroexportador de Nicaragua.

Venimos a visitar a unos amigos de unos amigos que nos ofrecerán conversación y hospedaje. Posoltega nos sorprende por su sencillez, su ausencia de urbanismo, casi una pequeña Managua rural en la que el agua corriente es un invento reciente. Como todos los pueblos del Occidente nica, encontramos un parque central dedicado al Frente Sandinista y a sus héroes y mártires. Centros de salud y escuelas levantados gracias a cooperaciones internacionales varias. Hay pocas cuerdas construidas enteras y muchos árboles frutales. Las gallinas deambulan por las calles polvorientas. La mayor parte de las casas son muy humildes, con techos de lámina de zinc y paredes sin pintar. Los zaguanes, visibles desde la calle, exhiben los bienes más valiosos de las familias. La televisión, la refri, los ventiladores. Porque en este país no hay miedo a enseñar lo que se posee. No hay miedo a la envidia y la violencia.

Las habitaciones que rodean los patios son más humildes; pequeñas, de concreto desnudo.

La casa en la que nos quedamos es exactamente así de sencilla, pese a que en ella viven un concejal municipal y la delegada del Ministerio de Educación en el municipio, Martha Inés. Ambos sandinistas.

El Frente Sandinista es sin duda una de las instituciones más importantes del país. La Revolución de 1979 no logró fundar una nueva república que viviese muchos años, tampoco logró cambiar mucho de la cultura política nica. La Revolución no construyó institucionalidad, pero sí un partido, el FSLN. Y ese partido se ha dedicado a hacer política aparentemente, pero sobre todo, a tratar de solucionar los problemas sociales del país. En eso, la Revolución sí fue un proceso verdadero: hizo que un grupo numeroso de personas preocupadas por el bienestar de la gente se incorporasen a un partido político.

Martha Inés, nuestra anfitriona, es una de esas personas. Se graduó como maestra durante la revolución e hizo su servicio social en el departamento de Río San Juan, impartiendo clases en comunidades remotas, durmiendo en escuelas con su fusil cerca para protegerse de los ataques de la contra. Hoy, Martha Inés lucha para que las escuelas de su municipio tengan lo mínimo: techo, paredes, un pizarrón. Nicaragua funciona en una buena parte gracias al esfuerzo personal de muchos sandinistas como ella. El partido funciona mejor que el Estado y en parte lo ha suplantado. Esto le da al Frente Sandinista una legitimidad para gobernar que ningún otro partido tiene. La cúpula, con Daniel Ortega al frente, no podría ni elegirse ni gobernar sin estos militantes.

Ellos siempre están “a la orden”, siempre repiten con fe la consignas que vienen desde arriba. Saben los defectos del partido, pero están seguros de que es la única alternativa posible. Mientras Daniel exalta su imagen personal en enormes carteles rosados al borde de las carreteras, ellos se preocupan de que el Estado funcione.

LÉON

De León, las calles antiguas.

De sus calles, las esquinas, redondas y elevadas como atalayas.

De sus esquinas, las enormes casas, con puertas a la avenida, a la calle, y a la intersección entre ambas.

De sus casas, los amplios zaguanes, abiertos hacia el patio de adentro, y hacia la ciudad de afuera.

De sus zaguanes, las mecedoras de madera, oscilantes sobre el piso de azulejo gris y rojo.

De las mecedoras, la señora, el abuelo, esperando el frescor de la tarde.

De la tarde, la luz que tiñe de ámbar la catedral en la plaza.

De la plaza, las letras grabadas sobre el muro de la Alcaldía, que presumen de que León fue la primera capital de la revolución, la primera ciudad de la Nicaragua libre.

De las letras, las de Rubén Darío, que siempre volvió a esta ciudad.

Esta ciudad, que tiene cosas normales como una fuente con un grifo en el parque donde se puede beber agua. Será por cosas como esas, -además de zaguanes, mecedoras y abuelas que me hacen pensar en casa, que sí, esta es una ciudad para volver-. Si hubiera que elegir un lugar para vivir en Centroamérica, León sería.



MANAGUA

No sé si el que cambió fui yo o la ciudad es de verdad diferente. He pasado por Managua varias veces desde hace cinco años y siempre había sentido la misma extrañeza. Sin calles, ni un centro, con grandes espacios vacíos en plena ciudad y siempre algún carro tirado por caballos pasando. Así la recordaba y Managua sigue siendo así. Pero esta vez, no tuve que buscar la ciudad para encontrarla.

Al atardecer, descendiendo por la nueva carretera de León, nos encontramos de frente con Managua. La realidad urbana caótica apareció esta vez como algo lógico. Con prisa para escapar de la oscuridad, buscando una de esas direcciones nicaragüenses (del BDF de Altamira una cuadra al Este y otra al Sur) recorrimos las rotondas de Managua, en la actualidad sus verdaderos centros. Al día siguiente nos adentramos en el mercado Roberto Huembes (en Managua todo tiene nombre de muerto) buscando unos repuestos para las bicicletas. En Managua hay cuatro o cinco mercados enormes y en ellos está el corazón de la ciudad. Aquí los mercados son también

terminales de buses y tienen cantinas, casinos, peluquerías y librerías. No es casualidad que los diarios populares, tengan secciones dedicadas a lo que pasa en los mercados. Si algo pasa en la ciudad, ocurre en lugares como el Huembes.

El antiguo centro, el que quedó destruido por el terremoto de la Navidad de 1972, sí está cambiando. Se han levantado nuevos edificios de gobierno. También un gran parque con instalaciones deportivas. Los asentamientos se han convertido en colonias construidas por el gobierno. En el viejo Parque Central ahora hay más actividad. Antes a un costado de la catedral en ruinas vivía gente. Pilar recordaba un armario ropero allí plantado. Ya no estaba. Frente a la catedral se ha construido un mausoleo para Tomás Borge, fundador del Frente Sandinista, que falleció el año pasado. Su tumba está colocada junta a la de Carlos Fonseca, otro fundador del Frente. Ondeán banderas del partido y de Nicaragua. El viento que sopla del lago hace oscilar la llama permanente que corona ambas tumbas. En la fachada del antiguo Palacio Nacional, han colgado retratos gigantes de Sandino y Carlos Fonseca. Este es el concepto que tiene el FSLN sobre la separación entre el Estado y el partido. La vieja plaza en ruinas parece hoy un kremlin centroamericano.

Pero lo que resulta evidente es que el antiguo centro nunca reconstruido resulta más agradable ahora. Con más vida y servicios públicos. El gobierno sandinista hasta ha colocado en un predio un avión para que la gente que nunca ha visto uno de cerca pueda visitarlo.

Los siete años de gobierno sandinista se sienten. El drama de Nicaragua no es tener una izquierda que solo sabe ser partido único, sino una derecha tan incapaz de hacer nada por la gente corriente. Por ejemplo, hacer de Managua un lugar más agradable. Tuvieron 15 años para hacer algo por la ciudad y no lo hicieron.

Dicen los que saben que la estructura urbana de Managua ha sido siempre un reflejo de los consensos políticos en el país. Durante los años dorados del somocismo, cuando el boom del algodón hizo más ricos a los ricos, y todos veían bien la dictadura, Managua floreció. En la Managua de los 60 las mansiones del malecón miraban a ese pequeño mar que es el lago Xolotlán. Entonces llegó el terremoto del 72, la defunción oficial de la ciudad. Y con el temblor acabó el consenso social entorno a los Somoza. Comenzó a gestarse la insurrección. Y la ciudad nunca se reconstruyó. Con los sandinistas en el poder aplicando su programa socialista, de nuevo faltó el consenso. Se gestó una nueva guerra, y la ciudad siguió como estaba. Con la derecha en el poder, tras la caída del sandinismo, se aplicó el libre mercado con más fanatismo de lo que nunca se aplicó el socialismo. La gente votó por Violeta Chamorro pero no por su programa económico. La ciudad siguió intacta. Hoy, con el sandinismo convertido en danielismo de vuelta en el poder y dispuesto a quedarse muchos años más, parece que vuelven los tiempos del consenso social. La ciudad se reconstruye.

El partido del presidente Daniel se ha estabilizado en el poder. Mantiene divididos a los liberales pactando con un parte de ellos. A los ricos de siempre los despojó de sus vehículos electorales y no tienen más opción que negociar con el sandinismo y seguir haciendo dinero. A la mayor parte de la gente, el gobierno de Daniel les parece bien. Los otros son peores.

La estabilidad se percibe en la ciudad y en el país. Y por lo menos, Managua no ha seguido un modelo de desarrollo basado en los centros comerciales y los condominios. Managua sigue siendo popular. Demasiado pobre para llenarse de McDonalds. Demasiado extraña para parecer una ciudad convencional.



APOYO

Después de haberla encontrado ¡por fin! dejamos Managua por la carretera a Masaya. Esta salida de la ciudad es un lugar que pretende ser elegante, algo así como la zona 10 de la ciudad de Guatemala pero con menos éxito.

No nos dirigimos directamente a Masaya, sino que nos desviamos por las montañas entre los departamentos de Carazo y Masaya, hacia la ruta de los pueblos blancos: San Marcos, Masatepe, Nandasmo, Niquinohomo, Catarina...

Al igual que nos pasó con las flores en El Salvador, los pueblos blancos no los encontramos. En su lugar aparecen pequeñas poblaciones, cada una con su parque central pintado de vivos colores, su biblioteca haciendo esquina y la iglesia en la que celebrar bodas y funerales.

En los funerales, la gente –vestida de manera sencilla pero muy aseada– sale de la iglesia agarrada del brazo. En las bodas, la gente –vestida de manera sencilla pero muy aseada– entra a la iglesia con una bolsa de regalo colgada del brazo.

San Marcos es el pueblo del primer Somoza: Anastasio.

A escasos kilómetros está Niquinohomo, el pueblo de Sandino: Augusto.

La verdad es que Somoza y Sandino eran vecinos así que es probable que -antes de que uno ordenase matar al otro y que los descendientes del otro matasen al uno- coincidiesen en alguna boda o funeral.

Desde Niquinohomo, después de colarnos en una boda -y eso que no íbamos para nada bien aseados- pedaleamos hasta el último de los pueblos blancos: Catarina. Y desde allí descubrimos uno de los lugares más bonitos que hasta ahora nos ha regalado Nicaragua: la laguna de Apoyo.

Apoyo es un gran ojo de agua, de color azul intenso, en medio de las montañas.



Nicaragua está llena de agua (pero no de grifos), por tener agua hasta en el nombre. Además de los grandes lagos, su geografía está toda salpicada de redondas y profundas lagunas alojadas en los cráteres de antiguos volcanes. La laguna de Apoyo es una de las más grandes, y quizás la más hermosa.

La gente del lugar dice que su agua es ligeramente salada porque la laguna, de alguna forma, en su parte central y más profunda, se conecta con el mar. Mañana rodaremos cráter abajo para comprobarlo y se lo contamos.

A LOS NICAS LES GUSTAN LOS JUEGOS

Son las cuatro de la tarde y estamos saliendo de Nandasmó, un pueblo colgado de las montañas de Masaya. Buscamos la carretera que nos llevará al próximo pueblo. De frente nos encontramos con una construcción difícil de describir. Es una estructura que parece ovalada, levantada con madera vieja y andamios.

Suena la música de feria de una orquesta de cartón. Alrededor de la entrada al recinto se amontonan las latas de cerveza vacías y los vasos de plástico. La gente entra y sale sin parar por una puerta pequeña que no dejar ver lo que está pasando adentro. Entramos y nos encontramos con la versión de nica del rodeo y el toreo. Todo mezclado y bañado con cervezas toña y aguardiente caballito. Sentados en el graderío, unos hombres increpan a la banda porque dejó de tocar. Insultan a los músicos a gritos. Exigen que la música suene de nuevo. Cerca, un pareja gay pasa el tiempo bailando alrededor de una columna de metal, imitando a las bailarinas de una

barra show. El público comienza a inquietarse. El toro no aparece. La música de nuevo. Algunos hombres salen por más toñas. De repente se abre una puerta de madera en el ruedo y un toro impresionante, de esos de media tonelada, sale disparado. Brinca y brinca y el joven que se aferra a su lomo se mantiene sobre él menos de diez segundos. Para eso tanta espera. Mientras el joven que montó el toro está tirado en el piso, otros jóvenes tratan de torear con un viejo trapo rojo. Lo intentan, pero cuando el toro los enfila, corren a esconderse al otro lado de la barrera. El toro tiene los cuernos cortados, pero de veras da miedo.

Definitivamente, a los nicas les gustan los juegos.

Por eso, en este país no hay pueblo, por pequeño, remoto y polvoriento que sea, que no tenga una tienda con máquinas tragamonedas, como se les llama popularmente. Por eso, cuando pienso en Nicaragua, siempre me viene a la mente la imagen de un billar, con todas sus puertas abiertas a la calle, en el que los jóvenes pasan la tarde tomando toñas bajo las aspas de los ventiladores. Por eso aquí se juega beisbol con devoción, pese a que los bates, los guantes y las canchas escasean. Por eso en Nicaragua los vendedores callejeros juegan a las cartas sobre los techos de los taxis, y los lustradores de zapatos se retan a las damas.

Es evidente que a los nicas les gustan los juegos. Y también les gusta maldecir. Es difícil que pase un día sin oír la palabra “hijueputa” gritada en la calle. Y lo mejor es que se discute sin miedo a que nadie saque un arma.

Y por eso es que Nicaragua nos gusta tanto.



GRANADA ES CIENCIA FICCIÓN

La ciudad de Granada, creo, creció en nosotros durante los más o menos tres días que pasamos por allí.

La primera impresión fue algo extraña. Ver esa colección de mansiones impresionantes, ese viejo estilo de vida insultantemente opulento, me hizo pensar en la pobreza de una clase social que no se preocupó más que por construirse palacios. Sentí Granada distante por eso; demasiado caquera, como se dice en Guatemala, o demasiado pija, como se diría en España. Su belleza es imponente, pero tan rodeada de la verdadera Nicaragua que resulta complicado no ver en ella el reflejo de un país históricamente racista y excluyente. Aunque, la verdad, de las viejas familias de oligarquía nica que poblaron la ciudad queda poco más que sus casas. Granada es hoy un destino turístico. Lo es a su pesar. Porque ha sido la cooperación internacional la que ha restaurado plazas y peatonalizado calles. Porque ni las familias originarias de la

ciudad ni el sector privado han invertido en ella. Hoy abundan los turistas en Granada, y eso hizo aún más difícil de digerir la ciudad. Pero llegó un momento en el que todo cambió. Comenzamos a caminar, a conocerla. Y entonces me olvidé de estos prejuicios ideológicos que a veces tanto pesan. Granada es una de las mejores ciudades de Centroamérica. Solo hay que recorrer a pie las calles menos turísticas cualquier tarde. Granada regala imágenes como esta: una señora madura, de piel blanca, leyendo un libro en su mecedora frente a la puerta de la vieja y enorme casa familiar. Pura ciencia ficción.

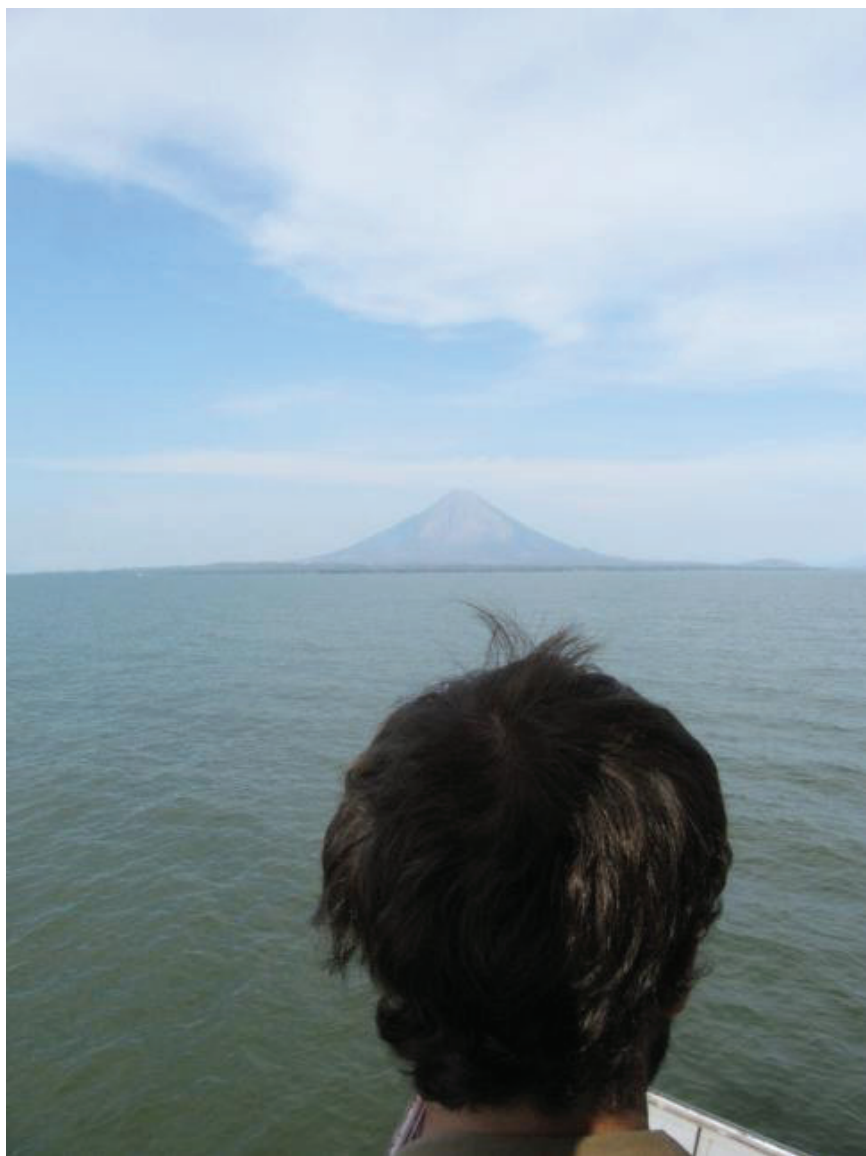


OMETEPE COMO METÁFORA (UN POST MALVADO)

La isla es pequeña o no tanto, según se mire. Tiene 35 kilómetros de largo y quizás cinco o siete de ancho como promedio. La isla la forman dos volcanes unidos por un istmo.

Uno de los volcanes es un cono perfecto por el que descienden cicatrices de ceniza; bello y amenazante. El otro es más pequeño, es un viejo volcán extinguido cubierto de vegetación. La isla ha perdido gran parte de sus bosques originarios. La culpa, claro, la tienen los campesinos que viven en ella, pero más aún las plantaciones de café y banano. Los propietarios de estas fincas en su mayor parte viven fuera de la isla, de ellos poco se sabe más de sus apellidos. El lugar siempre estuvo recorrido por caminos para mulas pero últimamente se ha adoquinado la ruta entre los dos pueblos principales. Es el avance del progreso, una de esas obras que el diputado del distrito tuvo a bien regalar a la población local. Por los caminos y ahora carreteras de la isla, circulan dos tipos de ciudadanos. Los de piel oscura que caminan a pie o en bus y casi nunca pisan el continente, y los blancos, que llegaron de fuera y casi siempre se mueven en motocicleta. Las alquilan para moverse más cómodamente durante su visita. La segregación entre blancos

y oscuros casi siempre se mantiene para mayor comodidad de ambos grupos. La relación en la que todos saben cómo actuar es la de turista-mesero. Salir de este paradigma puede ser tan peligroso como misterioso. Antes los blancos no llegaban a la isla. Había una guerra promovida por blancos muy poderosos. Era mejor no ir porque los hombres oscuros ponían minas antipersona en los caminos y se disparaban entre sí. Ahora hay paz y la isla ofrece la garantía de suficiente seguridad como para que los blancos se sientan confiados a la hora de tumbarse en la arena de la playa o alimentar a los monos desde la terraza de su restaurante. Hoy, más que la tierra, es el turismo el que hace circular el dinero. Pero en realidad, son hombres blancos los que saben explotar el negocio. Incluso llegan hombres blancos desde muy lejos para hacerlo, desde los mismos lugares de los que vienen los turistas. A los que tienen la piel oscura les queda tratar de aprender algo de inglés para seguir viviendo como siempre lo hicieron. La mayor parte de los hombres oscuros no acabarán la secundaria. Y los que lo hagan o serán maestros o querrán irse de la isla. El volcán que todo lo mira, el que está activo, es muy peligroso. Puede estallar en cualquier momento y si ese momento llega a los que están en la isla más le vale correr. Es por eso que por toda la isla hay rótulos que indican rutas de evacuación en caso de erupción volcánica. Quienes estén en la isla tendrán que correr hacia los puertos establecidos y esperar la llegada de los barcos. Los blancos y los morenos se agolpan en los muelles mirando la cima de ese terrible volcán. Tendrán que esperar a que lleguen los barcos y lanchas para salvarlos. Pero en realidad, todos sabemos quiénes serán los primeros en irse.



SOLENTINAME

Navegamos toda la noche por el lago hasta alcanzar el punto más austral de nuestro viaje. Es un viaje algo extraño.

El ferry tiene dos plantas, en la de abajo viaja la población local, en la de arriba los extranjeros. Preguntamos por qué y nos comentan que el billete está subvencionado para los nicaragüenses, cosa que nos parece muy bien pero que no responde a la pregunta. Los gringos alquilan unas sillas de playa, y pasan la noche en la cubierta exterior mirando al mar. Nosotros, después de disfrutar un rato del espectáculo, nos metemos en la parte interior para intentar dormir. Sería fácil si no fuera por la Matanza de Texas. El balanceo del barco y el ronroneo del motor invitan al sueño, pero una chica gritando histérica y un loco haciendo runrún con una motosierra durante casi dos horas perturban el sueño de cualquiera. En el espacio interior sólo estamos nosotros dos, evidentemente

no interesados en la película, así que tratamos de apagar la tele en dos ocasiones. Las dos veces, un tripulante llegó, la volvió a encender, y se volvió a marchar. Preguntamos por qué y volvimos a obtener una no respuesta. Al final conseguimos negociar que la tele quedara encendida pero sin volumen. Nosotros conseguimos descansar unas horas, la muchacha se pasó toda la noche corriendo y gritando, la película dio la vuelta dos veces.

San Carlos apareció al amanecer. Esta pequeña ciudad, la más importante del sur del país, siempre ha estado muy aislada. Emplazada justo en el punto en que las aguas del Cocibolca se transforman en las aguas del río San Juan –el río por el que el gran lago desagua al Atlántico–, San Carlos está más cerca de Costa Rica que de cualquier otro punto de Nicaragua. Hasta hace poco tiempo el acceso por tierra era una odisea, ahora hay una nueva carretera que la conecta con Managua, y la ciudad ha ingresado en la modernidad con nuevos servicios como los cajeros automáticos.

San Carlos está alejada de todo, pero esta zona del río San Juan es importante para el país. O al menos esa es la impresión que da. Por todas partes se pueden encontrar unas pegatinas que reivindican la propiedad nicaragüense del río, y la prensa utiliza el tema de manera recurrente para denigrar a la vecina Costa Rica, al otro lado del caudal. El punto esencial y repetido hasta la saciedad es que Nicaragua tiene soberanía sobre el río y que no necesita pedir permiso a los ticos para aprobar la construcción del canal interoceánico.

Un siglo después Nicaragua sigue pensando en el canal. Mientras, por el muelle de San Carlos pasan las lanchas con turistas que van hasta El Castillo, o a algunos de los hoteles o ecoalbergues que venden a los extranjeros la experiencia amazónica del río San Juan.

Nosotros esperamos una lancha para Solentiname. Un gringo se acerca a Asier, primero le pregunta a dónde vamos y luego, qué hay en Solentiname.

Asier responde: nada en concreto, solo es un lugar tranquilo en el que... el gringo se marcha antes de que Asier pueda terminar la frase.

Solentiname es un archipiélago. 36 islas. La más grande de todas ellas, Mancarrón, fue el lugar que el religioso Ernesto Cardenal eligió para crear una pequeña comunidad a principio de los años 60. Hoy no queda nada de aquella utopía humana y espiritual en medio de la naturaleza, tan solo una pequeña iglesia. Quizás el templo más bonito que hayamos visto nunca. Una construcción pequeña, con el piso de tierra, bancas sencillas de madera y todas las paredes decoradas con coloridos dibujos de trazo infantil. A su entrada hay un gran árbol de Sacuanjoche, y todo el suelo está regado de pequeñas flores blancas, con pétalos en forma de hélice y un delicado toque de color amarillo en su interior.

Solentiname es un lugar remoto, como otros en Nicaragua. Sin luz eléctrica, ni agua corriente, con escuelas minúsculas sin paredes y viejos refrigeradores de keroseno.

En Solentiname el tiempo parece correr de otra forma. A saltos. De martes a viernes, los únicos días que llegan las lanchas públicas de San Carlos, y un fin de semana de cada dos, que es cuando los alumnos de secundaria de estas islas acuden a clase.

Solentiname es un lugar especial por muchos motivos. Cada uno tiene los suyos. Para nosotros, Solentiname es el sur de

esta travesía. El punto en que comenzamos a volver y a pensar en la vida después del viaje.

No hemos encontrado respuestas, pero estas dos tardes en Solentiname las hemos dejado pasar sentados bajo los árboles, hasta que empezaba a caer el sol, y los muchachos de la isla, acalorados tras el partido de fútbol, corrían al muelle y de un golpe se zambullían en el lago con las chanclas en las manos.

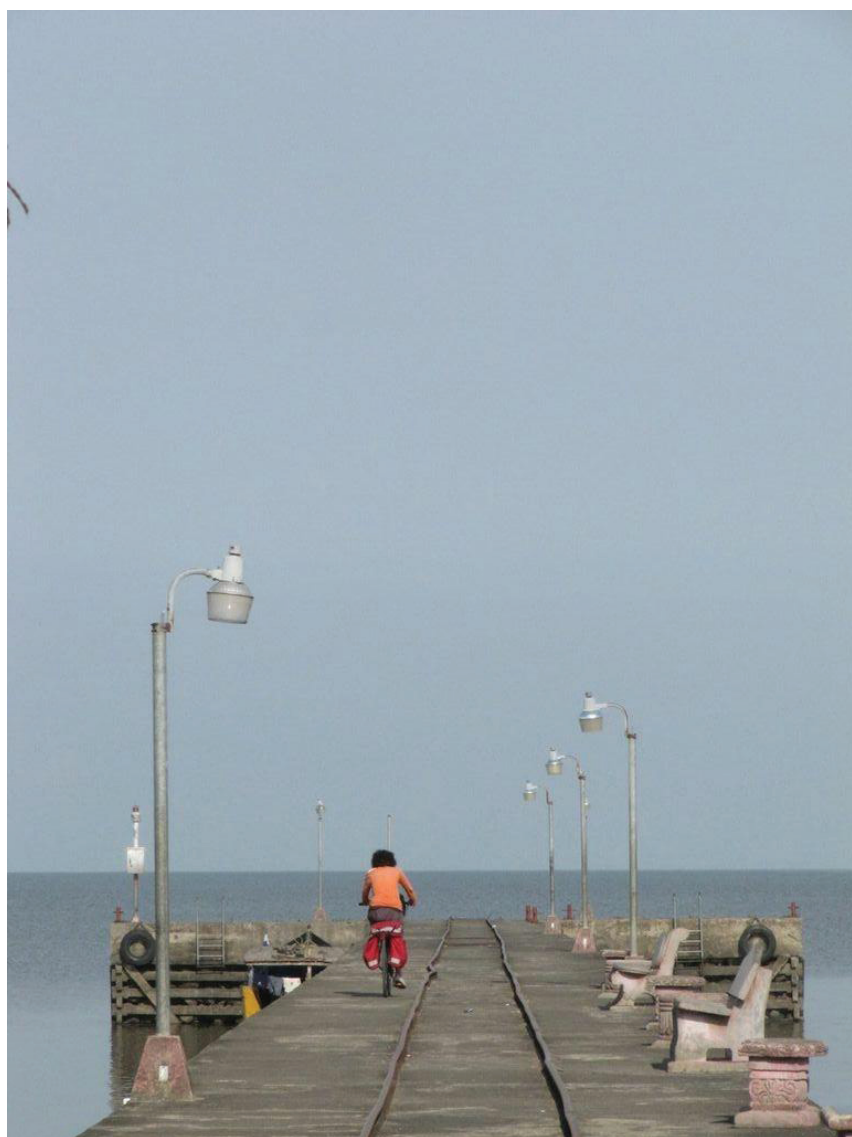


UN ATARDECER

Dejamos San Carlos atrás y por primera vez en este viaje pedaleamos rumbo Norte. La única forma de salir de San Carlos fue siempre una terrible carretera de tierra que corre paralela a la costa oriental del gran lago Cocibolca. El trazado de la carretera es ahora el mismo, pero la ruta tiene una capa de pavimento nuevo que recorreremos durante los siguientes dos días.

La nueva carretera apenas tiene tráfico y la disfrutamos como una de las más agradables que hemos conocido en Nicaragua para andar en bici. Largas rectas sin pendiente. Grandes árboles que crean zonas de umbría. Es domingo, día de iglesias, cantinas y partidos de beisbol. En el departamento de San Carlos, tierra ganada a la selva en los últimos 30 años,

aún es tan común ver a hombres a caballo, como en toyotas hilux. Los caballos amarrados a las puertas de las iglesias, las cantinas y las canchas de beisbol, esperan mansos a sus dueños. Entramos en el pueblo de San Miguelito, un viejo puerto a la orilla del gran lago con todo el aspecto de haber conocido tiempos mejores, los tiempos en que las carreteras escaseaban por esta parte del país y todo viajaba en barco. Con sus viejos edificios de madera de dos niveles, como los que los británicos dejaron por todo el Caribe, San Miguelito conserva un aire decimonónico decadente y agradable. De la primera línea de casas frente al lago sale un muelle. El muelle mide unos 150 metros y por él corre una vieja vía férrea oxidada por la que en otro tiempo se deslizaban vagonetas para cargar y descargar los barcos. Visto desde el pueblo, el muelle se adentra en el lago, como un sendero que condujese al horizonte. Tomamos el sendero. Al final del muelle, un grupo de jóvenes fuma marihuana. Este debe ser el único lugar del pueblo en el que nadie mira. Tratamos de no incomodarlos. Nosotros también fuimos así. Al menos yo. En el horizonte, la tarde se va con una puesta de sol naranja intensa. Creemos adivinar a nuestra izquierda el archipiélago de Solentiname. Nos quedaríamos muchos años aquí mirando este lago que parece el mar. Pero mañana tenemos que irnos y esta será la última vez que veamos el gran lago. Tenemos menos de un mes para volver a casa. Menos de un mes para cruzar Nicaragua, Honduras y llegar a la Ciudad de Guatemala.



GENOCIDIO EN LA TIERRA DEL JÍCARO

El departamento de Río San Carlos, con su paisaje verde, va quedando atrás. Vemos las primeras plantaciones de palma africana de nuestro viaje. Son aún muy pequeñas, solo una visión de lo que le espera a Río San Carlos en un futuro probablemente muy corto. El hecho de que se haya construido esta carretera tan nueva y perfecta que tanto disfrutamos estos días no es casual.

Sin darnos cuenta, vamos entrando en el departamento de Chontales, tierra de vaqueros antisandinistas, queso y carne barata. Al borde de la carretera, en la planicie, se suceden una tras otra las entradas a las haciendas ganaderas. Es el final de la temporada seca y todo es amarillento, árido. Las vacas buscan los frutos del jícara para alimentarse. En estas llanuras, los jícara sembrados para dar de comer al ganado son el único bosque posible. Los ganaderos queman el poco pasto que queda, seco, sobre los campos tratando de que brote de nuevo algo de verdor, pero sin mucho éxito.

Hoy me dio por contar los cadáveres de sapos que vemos aplastados sobre el asfalto. Están adheridos a la carretera. Perfectamente planos y secos, como manchas extrañas sobre el negro del alquitrán. Pilar, con su vocación forense, trata de reconstruir cómo murieron los sapos por la manera en que sus tripas salieron del cuerpo. Yo los miro fascinado. Pienso en una obra de arte que consistiese en confeccionar un enorme tapiz con las pieles de miles de sapos aplastados. Sería algo así como un monumento a un genocidio. Todo pueblo debe ser consciente de sus crímenes, pienso. Los cadáveres de los sapos nos rodean, pero pegados al asfalto no los vemos desde nuestros vehículos. Aunque los periodistas nos digan que allí están, o aunque la policía coloque señales de tránsito que indiquen su ubicación, seguimos sin verlos. Quizás necesitemos soluciones más imaginativas.

Resulta complicado pasar tantas horas sobre la bicicleta sin que la mente te lleve a lugares extraños. Al entrar en la cabecera departamental de Juigalpa el cuentakilómetros marcó 113. Nuestro record a fecha de hoy. Nos quedamos a pasar la noche en un hospedaje familiar propiedad de una pareja de ancianos. Tiene unas 10 habitaciones, todas alineadas frente a un patio. Ante cada puerta hay una mecedora. Nicaragua nos regala pequeños placeres como este. Mecerse en una noche calurosa, mientras las páginas del cuaderno se van llenando.

RODEO MUY MUY

Antes de disponer de este mapa de carreteras, antes, mucho antes, de trabajar en Centroamérica y comenzar a conocer la región, ya conocía el nombre de decenas de pueblos –grandes y chiquitos– de Nicaragua. No sabía nada de esos lugares, no sabía si quiera dónde situarlos, pero conocía sus nombres. Y Rodeo Muy Muy, el pueblo al que llegamos ayer, era uno de ellos.

Un terreno yermo, solo polvo y un chamizo de hojas de palma color gris. Una mujer de caderas poderosas y en torno a ellas una sogá. La mujer camina descalza, con esfuerzo. Mas allá en la cuerda un niño, también descalzo, también tirando, y al final una polea. Una sogá en descenso perfecto a un pozo que no se ve. Las Brisas, 1988.

Un hombre sin dientes y lleno de barro apoyado en una pala. Detrás de la pala, una pala más pequeña y una niña vestida de rosa. Ladrillos de adobe por todas partes. Quilali, 1986.

Una mujer recogiendo algodón. Un señor secando café. Una niña espolvoreando fertilizante entre los surcos de un campo de labranza. Un bebé vestido de angelito para la procesión de Pascua. Mujeres llorando. Mujeres en un concurso de belleza. Un niño jugando con su abuelo en una bonita piscina azul. Un niño sin camisa y sin zapatos haciendo el pino en la calle. Un abuelo sentado en la puerta de una casa azul, con un periódico en las manos y un niño desnudo al lado. Villa del Carmen, Matagalpa, Granada, Managua...

Un niño vestido de verde con un fusil entre las manos. Campamento de la Contra en Honduras, 1986.

Un montón de hombres armados vestidos de verde. Caminando en fila por caminos marrones o frondosas quebradas verdes. Cruzando ríos. Posando con el fusil sobre los hombros. Descargando del lomo de las mulas los cuerpos grises, torcidos y semidesnudos de otros hombres vestidos de verde. Saliendo de un helicóptero. Oliendo una flor blanca. Cargando con el tronco de un árbol del que pende una hamaca y de ella un hombre herido. Esperando la leche que ordeña una mujer. Un hombre vestido de verde dentro de una caja de pino y su familia que posa junto a él. Santo Domingo, Jinotega, Abisinia, Mulukuku...

Un niño que, con el torso desnudo, se abraza como si tuviera frío mientras observa el cadáver de un hombre que, con la boca abierta y los brazos extendidos, yace sobre la tierra. Wiwili, 1986.

Un montón de niños mirando inquisitivamente tras unas tablas de madera. Rodeo Muy Muy, 1986.

Todas las imágenes son de William Frank Gentile.

Yo era muy joven y me sentaba en el rincón más oscuro del salón de la casa de mis padres con el libro de fotografías sobre las piernas. Y pasaba una imagen tras otra, una y otra vez. Un día me di cuenta de que aquellas tablas de madera no eran más que el ruedo de una plaza de toros. Y que aquellos niños asistían a un rodeo y que el pueblo entonces no se llamaba Rodeo Muy Muy sino solo Muy Muy.

1986, 1987, 1988... 2013.

Por las calles de Muy Muy se ven pintas de la Fuerza Democrática Nicaragüense (FDN), que fue una organización de la Contra, algo que no se ve en muchas otras partes de Nicaragua.

Esta mañana, antes de salir de Muy Muy, mientras desayunábamos en la puerta de una pulpería, Agustín Úbeda vino a sentarse con nosotros. Agustín dijo que era de San Rafael del Norte, en Jinotega, y que aunque era de una buena familia, había salido con cara de indio. Agustín Úbeda es el primer nicaragüense triste que conozco, pero su tristeza es una tristeza común de esas que huelen a alcohol. Al menos eso es lo que parece en un principio.

Agustín habló de que en la revolución fue duro y que los gringos los miraban como a perros. También nos contó que él era primo hermano de Carlos Fonseca, a quien confundió con Tomás Borge, y que su mujer era la madrina de la hija de Daniel. Después de demostrarnos que era un tipo de confianza, nos preguntó acerca de “nuestra misión”. Para Agustín Úbeda era evidente que Daniel Ortega nos había

enviado allí a “ver algo”. No había respuesta para su pregunta, pero él seguía queriendo saber y empezó a preguntarse, en verdad a preguntarnos, si nosotros pensábamos que los de su raza eran perros que solo servían para trabajar. Luego nos pidió dinero para unos tragos.

A nuestro lado se paró un hombre montado en un caballo blanco. Por animar a Agustín le pregunté si sabía cómo se llamaba aquel animal y él me contestó que “Cara de Cuajada”. Luego sonrió, y me señaló un enorme cartel que anunciaba un desfile de caballos patrocinado por Wilfredo Navarro, un diputado local, mano derecha de Arnoldo Alemán. Solo la idea del desfile de caballos pareció animar a Agustín, y pensé entonces que aquel pueblo definitivamente debería llamarse Rodeo Muy Muy.



LOS MALINCHES

Nos habíamos fijado en ellos desde el comienzo del viaje. Aquí y allá, a veces el paisaje aparecía salpicado de estos hermosos árboles de color rojo–anaranjado. A veces chatos, a veces espigados, sobresalen siempre entre el verde y animan el paisaje.

Un día no pudimos con la curiosidad y le preguntamos a un señor cómo se llamaban. El señor nos contó que eran acacias, aunque la gente también los llamaba malinches y los comparaba con el matrimonio. “Al principio tienen hermosas flores, pero luego la flor se cae y aparece una larga y dura vaina”, nos explicó.

Pedaleamos desde Rafael del Norte por una carretera adoquinada. El paisaje es verde, con suaves colinas, y malinches desperdigados. La Concordia, Estelí... al llegar a Condega es una gran avenida de color rojo–anaranjado la que nos recibe.

Condega presume de avión. Un avión de combate que cayó

aquí durante la guerra y que ahora vigila la ciudad desde un parque mirador. Desde el mirador se ven las montañas y los malinches.

Condega es un pueblo pequeño, tierra de alfareros aunque no hemos visto ninguna artesanía de barro. Esta noche dormimos en una pensión preciosa en el parque central. Una casa antigua en torno a un gran patio, con amplios corredores de azulejos grises y rojos y muchas mecedoras. En la habitación muebles viejos y sábanas de las de antes. Se levantó viento, y del alto y carcomido techo comenzó a caer tierra y hojas, salpicándose la cama de color rojo, rosa, anaranjado.



UNA NOCHE EN EL CAÑÓN

Nicaragua se ve agotando poco a poco bajo las llantas de nuestras bicicletas.

Dejamos atrás los campos de tabaco que rodean Condega y seguimos hacia el Norte. La Panamerica discurre entre bosques silenciosos. La carretera se vuelve cada vez más íntima. Solo estamos nosotros y el paisaje. No existe nada más. Pasamos Palacaguina, Yalaguina. Tomamos el desvío a Somoto, cabecera del departamento de Madriz. Tenemos un par de amigos que fueron felices en este pueblo, y entendemos bien por qué. Ocotal está rodeado de áreas protegidas y el parque central es literalmente un parque, tan frondoso que más parece un jardín botánico. La memoria de la revolución está presente en muchos rincones, aunque como siempre en Nicaragua, uno no sabe muy bien ni qué queda de aquello, ni qué piensan al respecto las personas que caminan por

las calles. Estamos aquí para conocer el nacimiento del río Coco, el río más largo de Centroamérica, que nace aquí y desemboca en el Caribe. El Coco es también la excusa oficial para separar Honduras y Nicaragua durante buena parte del curso de sus aguas. Hacia el Este, el río entra en territorios Miskitos y Maynás, se empieza a llamar Wangki, y fluye por el bosque tropical conectando las comunidades más remotas de Nicaragua. Resulta increíble pero la ciencia oficial no conoció la existencia de este cañón hasta hace una década. A pesar de que hay un puñado de familias campesinas que riegan sus campos de maíz con el agua que sale del cañón. A pesar de que una carretera pavimentada pasa a menos de dos kilómetros del lugar. Entramos al cañón en la tarde. Recorremos la parte más accesible mientras el sol se apaga. Antes de la caída de la noche acampamos. El río fluye de manera casi imperceptible. Está aparentemente tan quieto, tan imperturbable, su superficie tan como espejo, que resulta sobrecogedor. De sus aguas salen aquí y allá rocas en las que viven miles de muerciélagos. Acampamos frente a una ceiba aferrada a la pared del cañón. El río es profundo, nos da miedo. Nadamos sin alejarnos mucho de la orilla. Discutimos sobre la posibilidad de ser devorados por un monstruo marino. ¿Por qué será que las aguas siempre parecen esconder algo? ¿Y más concretamente, algo amenazador? Sentimos ese miedo irracional y antiguo como el ser humano. Esta noche, de nuevo, cena de guerrilla. Compartir una lata de sardinas y a dormir. Vemos un par de aviones sobrevolar el cañón. Vuelan muy alto y muy rápido se alejan de nosotros.



EL GRAN NORTE

El Norte de Nicaragua está siendo una de las mejores sorpresas de este viaje. Dejamos atrás el cañón de Somoto, el departamento de Madriz y nos adentramos en Nueva Segovia, la región más septentrional de Nicaragua, cerca ya de la frontera hondureña. Las montañas se hacen vez más altas y los bosques de coníferas más intactos y silenciosos.

Solo alguna plantación de café, alguna entrada a un pequeño pueblo o algún tráiler que lleva rumbo a la frontera nos hacen desviar la mirada. Nos concentramos en el esfuerzo que supone este terreno quiebrapiernas. Disfrutamos la Panamerica como una carretera secundaria más. Yalaguina, Totogalpa, algún otro pueblo que no recuerdo. Pan con aguacate al borde del camino, en la sombra de alguna pulpería, como les dicen aquí a las tiendas. Preguntas recurrentes, respuestas ya ensayadas en muchas ocasiones. ¿Van largo? ¿Y en bicicleta vienen? ¿Y en bicicleta todo el tiempo? Pilar tiene una paciencia infinita para responder. Nos encontramos con Ocotal, la cabecera

departamental de Nueva Segovia. Resulta injusto; siempre llegamos a los pueblos al caer el sol, después de muchos pedales, y nos encontramos con la civilización en su versión más amable. Los parques centrales bañados por el atardecer. La temperatura que baja unos grados. Los adolescentes que estudian la secundaria en horario de tarde e inundan las calles. Colas en las heladerías. Los pequeños momentos de ocio tras el trabajo. Por eso es que nos enamoramos de los pueblos siempre. Es injusto porque siempre nos los encontramos a estas horas. Y por eso, este amor por Nicaragua que no acabamos de procesar. Con esta explicación por delante, no me crean si les digo que Ocotal es uno de los pueblos más agradables de Nicaragua. Pero desde luego, esta noche la vemos así. Brindamos con unas toñas y comemos pizza. Pilar busca su dosis nocturna de cacao. Lo tomamos sentados en una de esas esquinas perfectamente simétricas en las que confluyen cuatro cuadras, cada una con su viejo edificio colonial de un nivel elevado un metro sobre el nivel de la calle. Ocotal es antiguo por momentos y muy años sesenta. Tratamos de hacer la sociología barata a la que estamos acostumbrados los periodistas. ¿Qué tendrá Nicaragua? Yo creo que ni los nicaragüenses pueden explicar de dónde sacan ese espíritu de combate que les hace siempre dar un golpe sobre la mesa cuando se enojan. Aquí falta todo, pero todo parece funcionar relativamente bien. No hay ni juzgados, ni policías, ni muchos menos policías bien pagados. Pero hay paz. Nadie tiene nada, pero nadie parece no tener nada. Las explicaciones que todo lo explican un poco más al norte, no se sostienen por aquí. ¿Y por qué será?

Mañana treparemos hasta Dipilto, el último pueblo de Nueva Segovia antes de cruzar la frontera. Veremos a un lado el viejo Dipilto y al otro el nuevo Dipilto que se construyó tras el abandono del primero. Disfrutaremos de estos paisajes que

parecen sacados de los afiches de Canadá o Suiza que cuelgan en muchos comedores junto a los de Winnie Pooh. Quizás tengamos un pinchazo y discutamos sobre cómo repararlo. Cruzaremos la frontera siendo conscientes de que quizás no volvamos a Nicaragua en muchos años. Pero siempre nos acompañará la pregunta que nos hacemos esta noche. ¿Será que Nicaragua nos hace felices o es que simplemente somos felices sobre la bicicleta?

DE LAS MANOS A DANLÍ, PASANDO POR EL PARAÍSO

Que las fronteras tienen algo sórdido es un lugar común que se cumple en la mayor parte de las ocasiones en Centroamérica.

Las Manos, entre Nicaragua y Honduras, es una excepción. Los 30 últimos kilómetros en Nicaragua son de subida en un área natural protegida en el que abundan los guardabarrancos. O quizás son torogoces, es difícil distinguirlos. En la línea fronteriza se impone el verde de las montañas, y solo sobran algunos camiones. El cambio de país es evidente solo por la repentina desaparición del asfalto. Honduras tiene la peor red vial de Centroamérica. Y por ella, además, los vehículos circulan sin placas porque desde el 2008 el gobierno hondureño no tiene para comprarlas.

Nosotros pedaleamos también sin placas, también sorteando los baches, entre las montañas, hasta llegar al primer pueblo de Honduras. El Paraíso es un sitio perdido de la mano de Dios, con la mitad de las calles sin asfaltar. No es bonito, pero al menos cuenta con un parque central limpio, con algunos árboles, una papelería, y un espacio de sombra donde hay colocados unos bancos. Este es uno de esos sitios que hace patente que el urbanismo es una ciencia importante que determina la vida individual y colectiva. Bajo la sombra los hombres hablan, y nosotros retomamos fuerzas para seguir.

Danlí es una ciudad grande. Más grande y más fea de lo que pensábamos, llena de comercios y representantes de negocios, donde, paradójicamente, todo cierra temprano. Pero en el centro hay un hermoso parque, con una iglesia en medio, y casas coloniales alrededor. Tenemos hambre pero es un sitio agradable para estar. Es tarde. Hay unas señoras con niños que venden caramelos. Y un hijo con un padre anciano al que le cuesta subirse a un carro caro. Nosotros mordisqueamos un dulce y hablamos de eso, del hambre y del urbanismo. De cómo eso condiciona la vida, la individual y la colectiva.



TIEMPO, ESPACIO Y ENERGÍA. INEXACTITUDES.

En este punto de la carretera, a unos veintitantos kilómetros de Tegucigalpa, ya no hay mantra que me sirva.

Mi garganta late como una enorme bocina. Los golpes, fuertes, rítmicos, me barren en oleadas concéntricas. Seis días de antibióticos no han sido suficientes. La química no puede compensar el agotador y húmedo círculo en el que pedaleo: el sudor caliente me empapa cuesta arriba, y el sudor helado me congela cuesta abajo. No hay abrigos que valgan. No me pregunten por qué pero yo me había imaginado este país como una pampa en colores cálidos, quizás porque por la región de Choluteca por la que cruzamos camino a Nicaragua es un tanto así, pero no. Honduras es verde, enorme, y está lleno de montañas.

Una sensación afilada se ha instalado en mi mandíbula superior. Hace ya rato que, además, me duele una muela. El cuerpo me impone su lenguaje, yo trato de ignorarlo fijando la vista en la rueda delantera. Hace ya muchos kilómetros, desde que salimos del Zamorano, que no puedo mirar hacia delante, al horizonte, sin que se me escape del pecho algo parecido a un ahogo, a un sollozo. Estoy harta de la inexactitud de los mapas, es para denunciarlos, de verdad. Cuestan un pistal y resulta que no, que ese pueblo no está donde tiene que estar, que está antes el otro, o resulta que el pueblo ese no es más que una aldea donde no hay hospedaje, a pesar de estar marcado con el punto gordo de más de Xtantos habitantes y, en cambio, este otro, que aparece como una migajita y dejamos atrás es cabecera departamental. Y esa carretera, en verdad, no sale desde ahí, sale de 50 km más allá, y no es vía rápida como está marcado sino camino de terracería, aunque hay otra buenísima, recién acabada, ¡ah! pero esa no está en el mapa. Así no hay forma alguna de dosificar fuerzas y ánimo. En cuanto salgamos de aquí les mando un mail a los canadienses pintamapas estos, ¡que nos devuelvan el dinero!

El valle del Zamorano es amplio, verde, y precioso, pero no estoy de humor. El pueblo no es pueblo, solo son dos abarroterías en la carretera, y yo estoy agotada. Unos jóvenes comiendo tortrix nos indican, como única opción, que preguntemos en la residencia de la universidad. La universidad de agronomía del Zamorano es famosa y caquera, es donde vienen a estudiar todos los finqueros de Centroamérica. Los guardias de seguridad de la puerta llaman a la residencia y se nos comunica que podemos descansar allí por la módica cantidad de 54 dólares cada uno, una noche por el presupuesto de diez. Uno de los guardas lee el desánimo en mi cara y nos dice que sobre la carretera, unos kilómetros más lejos, en bicicleta a unos veinte minutos como máximo, hay un hospedaje sencillo que se llama “La Ermita”. Titubeamos, sabemos que no solo

los mapas se equivocan, una gran parte de la gente en el campo en Centroamérica es incapaz de indicar el tiempo o el espacio real que hay hasta otro lugar. Pero le ponemos fe, no tenemos otra opción.

7 kilómetros, 10 kilómetros, 15 kilómetros montaña arriba no hay rastro de “La Ermita”. El cuerpo me grita, me reclama los seis kilos de peso perdidos, la tensión acumulada en hombros, codos y muñecas, la suma de días y pedaleadas, las quemaduras del sol en los muslos, la falta de descanso, los callos en las manos... Desesperada, paramos en un cruce con varias casas y preguntamos. Una señora suelta un larguísimo ufffff y nos dice que eso está a más de dos horas de camino. Otro señor, que asegura que es taxista –con lo que entendemos que debería calcular mejor–, dice que no, que está solo unos kilómetros más arriba, después de unos viveros de flores, pero que, si no, también podemos desviarnos en el cruce y dormir en un convento que hay un poco más lejos. Titubeamos, ¿será bueno desviarse de la carretera principal?, ¿las monjas nos dejarán dormir en el convento?

Aprieto los dientes –incluso el que me duele– y seguimos pedaleando montaña arriba, se está haciendo de noche. No tenemos mucho más tiempo.

Los viveros se suceden uno tras otro, uno tras otro. Preguntamos. Una mujer que vive entre las plantas que cultiva nos dice que por allí no hay ningún sitio con el nombre de “La Ermita”, que el hotel más cercano está ya a la entrada de Tegucigalpa, a unos 25 km. A nuestro alrededor solo hay verde. Sé que tengo fiebre, sé que a mí nunca me da fiebre, sé que el cuerpo tiene un equilibrio, sé que acampar hoy descompensará la balanza, sé que entonces mañana no habrá energía capaz de hacerme desplazar en el tiempo y en el espacio...

Pero Asier sigue preguntando y otro señor dice que sí, que está allí mismo, al pasar la curva y Asier, en un increíble despliegue de energía, sale disparado montaña arriba mientras cae la tarde. Yo lo veo hacerse pequeñito, desaparecer, aparecer, hacerse cada vez más grande... Asier regresa y trae consigo una enorme sonrisa, y entonces sé que puedo, que un poco más, solo un poco más, sí que puedo.

TEGUS



Tegucigalpa me hace pensar en un baúl viejo. De esos de madera carcomida y tapa chirriante. De esos con los que hay que tener cuidado para no herirse las manos con una astilla o un trozo de chapa suelto, pero que guardan cosas de antes, como paños de tela gruesa, cuadernos de tapa dura, u objetos a los que hay que adivinarle la función. Tegucigalpa se me antoja así: ajada, polvorienta, potencialmente peligrosa y llena de cosas viejas sorprendentes.

No hay nada que te anticipe la llegada a Tegucigalpa. Simplemente las casas de madera o concreto a ambos lados de la carretera de mala muerte por la que pedaleamos empiezan a condensarse y resulta que ya estamos aquí. Asier tiene razón, este es un emplazamiento raro para una capital. Para entrar y salir hay que sortear cuevas imposibles. Las seis o siete colinas entre las que la ciudad se desparrama me hacen pensar en Roma. Los asentamientos que trepan por esas colinas me hacen pensar en La Paz. Pero Tegucigalpa en verdad no se parece en nada a ninguna de esas dos ciudades.

Si acaso la zona centro del casco viejo de Tegucigalpa tiene un aire a Guatemala. Solo que la catedral es de color crema, y el parque central (Morazán) es pequeño y fresco, y la calle comercial que de él sale es más acogedora que la 6ª avenida y huele a pan. Los hondureños deben de ser golosos porque toda la calle está llena de reposterías.

Paseando llegamos al empinado barrio del cerro La Leona. Las calles de piedra discurren entre portones y altísimas tapias. Tras algunos muros hay casonas centenarias y varias alturas de hiedra seca. No puedo evitar pensar en Grandes Esperanzas, en la casa donde los dos protagonistas se conocen de niños. De uno de esos portones sale un enorme todoterreno y se detiene a nuestro lado. Al bajarse el cristal tintado, una mujer

elegante nos ofrece llevarnos a donde vayamos. Insiste varias veces, sin llegar a comprender que sí, que realmente somos lo que aparentamos: turistas. La Leona es un barrio destartado, pero también céntrico y señorial, y ya se adivinan señales de revalorización, “gentrificación”, dicen los entendidos.

Tegucigalpa se disfruta si te olvidas de los prejuicios, aunque confieso que por la noche resulta más difícil. A las seis y poco de la tarde acontece un tácito toque de queda, y solo permanece abierto el Burger King. Caminamos a paso ligero por las calles buscando otra opción y tenemos suerte. Aterrizamos en el Ducan Mayan, una especie de palacete antiguo, reformado a medio camino entre un restaurante caro y un sitio de *fast food*, y cenamos hamburguesa y patatas. Nuestra comida elegante del mes.

Dormimos cerca, en un hotel baratísimo a solo una cuadra del Parque Central. Es uno de esos hoteles sospechosamente baratos en los que si dejas un rato la puerta abierta una prostituta mulata y frágil no dudará en asomar su cabeza y sonreír. La habitación está en un tercer piso y cuenta con un amplio balcón. El balcón tiene rejas y vistas a una esquina. A través del enrejado y la maraña de cables, espiamos esta esquina de Tegus. Es evidente que el centro de esta ciudad conoció tiempos mejores. Bueno, quizás no fueron mejores, pero sí eran tiempos en los que en los cines había cines, y no tiendas mexicanas de electrodomésticos y la ropa estadounidense de segunda mano no lo había inundado todo. El modelo de ciudad que se construyó hasta la década de 1960 ha fracasado, desde luego. Agoniza entre los centros comerciales y los edificios de cristal que brotan aquí y allá, y el mar de asentamientos que en Tegus es imposible de obviar incluso estando en el centro. El centro agoniza, es cierto, pero representa el único vestigio visible de un proyecto urbanístico integrador. Los

últimos treinta años pasaron como vendaval, fueron tiempos de acumular plata y triturar personas. Personas como las que ahora vemos paradas en esta esquina.

Pienso en Irene. La imagino en esa misma esquina con una cámara en el hombro, hace cuatro años, cuando el toque de queda no era tácito sino expreso, y me acuerdo de que ella no dice Tegucigalpa sino Tegus.

Tegucigalpa me hace pensar en un bazar, en una tienda de anticuario. Esta noche, aferrada a la reja del balcón deseo tener más tiempo, para saber, para sacudirme las partículas de miedo y salir a descubrir algún tesoro.

COMAYAGUA Y LA SOLEDAD DE TEGUCIGALPA

Salir de la capital de Honduras resultó no ser tan fácil. Sin mapa de la ciudad, tuvimos que navegar solo mirando las estrellas. Y preguntando a los hondureños. Algunos nos dieron indicaciones contradictorias, otros incomprensibles. Resulta impresionante la capacidad de algunas personas para señalar direcciones sin utilizar conceptos como izquierda o derecha. Con otros, la conversación se convirtió en un debate sobre si debíamos ir o no a Comayagua y por qué.

Finalmente, terminamos trepando por la carretera que conduce a Olancho, y desde allí, atravesando asentamientos polvorientos ubicados en desniveles inauditos, encontramos la principal carretera de este país: la que va de Tegucigalpa a San Pedro Sula. Nadie nos había dicho que esta carretera tiene cuatro carriles y un increíble buen pavimento por obra y

gracia de la Cuenta del Milenio, un programa de cooperación ideado por George Bush, que se enfocó en construir autopistas por todo el mundo. La versión estadounidense de la cooperación al desarrollo. La que hicieron aquí, desde luego, les ha quedado bien. No hay carretera mejor en Honduras. Resulta sintomático del estado general del país el hecho de que los sucesivos gobiernos hondureños jamás construyesen una carretera de calidad entre las dos principales ciudades del país: Tegucigalpa y San Pedro Sula. Tuvieron que esperar al siglo XXI y a que llegase un gobierno extranjero a poner la plata. Hoy la nueva carretera es la principal infraestructura de Honduras. Sobre ella, hay seguramente más asfalto que en todo el resto del país junto. Construir-la, además, ha implicado desplazar a miles de familias que vivían al borde de la antigua carretera de dos carriles. Los estadounidenses, al menos, no han seguido el método tradicional de hacer las cosas en este país: enviar al Ejército y expulsar a la gente. Han construido nuevas casas para los desplazados –cajitas de fósforos idénticas– y han tratado de proporcionales una forma de vida. Junto a las casas han construido pequeños locales en los que la gente ha abierto ventas de artesanías –siempre las mismas, todas idénticas, una mezcla de muebles rústicos y enanos de jardín– o tiendas de productos básicos.

La nueva carretera y sus “colonias del milenio” nos acompañan hoy en los aproximadamente 70 kilómetros que separan Tegucigalpa del gran valle de Comayagua, donde los españoles construyeron la primera capital del país. Por el camino encontramos un valle tras otro. Subidas exigentes. Descensos prolongados. Casi nada en la ruta más que ocotales silenciosos. Tegucigalpa está completamente rodeada de valles deshabitados, alejada del resto del país, que es a su vez un archipiélago de pueblos, también aislados, rodeados de valles y bosques. Resulta complicado entender la debilidad del Estado hondureño sin entender la orografía del país y la mala

calidad de las comunicaciones. El país está partido entre costa e interior, cada uno con su ciudad capital; Tegus, y San Pedro. El interior es un gran mar solitario. Los pueblos son pocos y muy compactos, de población poco dispersa, como si la gente supiese que debe estar junta para alejar el miedo que suscita el vacío que los rodea. El interior es urbano, poco campesino, y pobre de solemnidad.

Guatemala tiene una clase terrateniente exitosa y millonaria que ha colonizado su propio país. El Salvador es pequeño, comercial, homogéneo y unido a los Estados Unidos. Nicaragua tiene una identidad nacional fortísima y una afición legendaria por dividirse en bandos y pelear. De Honduras, la verdad, no sabría qué decir. No es ni agrícola, ni comercial, ni próspero, ni parece tener nada que una a sus habitantes. Parece un país creado ayer o la semana pasada. Un trozo de mapa habitado por personas muy simpáticas. Quizás conocer San Pedro y la costa cambie nuestra forma de pensar.

Por el momento, estamos en Comayagua, una ciudad colonial ubicada en un valle inmenso dominado por la base militar de Palmerola. Los helicópteros de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos no dejan de sobrevolar los campos de maíz. A la entrada de Comayagua vemos el penal que se incendió el año pasado. Murieron 360 presos. El editorial del periódico local pide al gobierno que no se les ocurra volver a abrir la prisión, que mejor evitar atraer indeseables a Comayagua.

La ciudad tiene un aire antigüño, y las cuadras rodean el parque central forman un conjunto colonial bello. Paseamos al anochecer reconociendo a Andalucía en las pequeñas plazas, las iglesias, las paredes encaladas. Nos enteramos de que mañana llega a la ciudad una marcha que recorre el país fomentado el nacionalismo y el turismo interno. Para entonces, nosotros ya no estaremos aquí.

LAVADO DE DINERO

Llevamos ya 50 días pedaleando sin parar y el cansancio nos comienza a cobrar factura. Parecemos tener la energía justa para volver a la ciudad de Guatemala y poco más.

En estos días resulta complicado hacer más de 80 kilómetros diarios. Más aún en este país de subidas endiabladas, calor y una humedad relativa que, calculo yo, no desciende del 75 por ciento. El cuerpo está cansando, pero también la mente. Para mí al menos, lo más duro de este viaje es cada mañana levantarme en un lugar diferente con la perspectiva de pasar unas 10 horas subido a mi bicicleta, yo solo con mis pensamientos y la mirada fija en la espalda de Pilar. Resulta complicado saber en qué pensar. Ya se me agotaron los temas. He pensando en las cosas que pasaron en el pasado, pero ya no tiene sentido sufrir por ellas. Tampoco me producen ya satisfacción. He pensado en el futuro, pero tampoco tiene sentido dar vueltas y más vueltas a cosas sobre las que no

puedo hacer nada por el momento. Estoy encerrado en este presente en el que solo tengo esfuerzo y paisaje. Trato de aprender a vivirlo sin sufrir por el pasado ni obsesionarme por el futuro, respetando la norma número uno que debía regir este viaje: que lo importante es solo el camino. Pero la verdad es que no tengo el entrenamiento para hacerlo. Así que me canso. Al mismo tiempo, siento que algún día echaré de menos estos días, los días de la bicicleta. Y los echo de menos aún antes de perderlos. Afortunadamente, está Pilar. Ella me hace recordar que por suerte hay temas más interesantes en los que pensar que mi propia vida.

Hoy, por primera vez en el viaje, tenemos compañía. Un adolescente hondureño pedalea con nosotros un par de kilómetros. Le contamos que vamos camino del lago Yojoa. Y él no acaba creer que se pueda ir tan lejos en bicicleta. Él nunca ha pedaleado más allá de la “cuesta de la virgen”, que “tiene más de siete vueltas”. Hacia allí nos dirigimos precisamente. El chico nos advierte que en el lago vive un dragón que dicen que es de oro y cristal o algo así. Y que más de un turista que se ha atrevido a nadar en el lago ha desaparecido.

El chico quiere saber si de donde venimos nosotros es como en Honduras, donde aunque se trabaje mucho se es pobre, y solo se puede ganar suficiente dinero metiéndose en el narcotráfico. Él ha oído que en Guatemala hay bastante trabajo y se puede ganar más que en Honduras.

Al pie de “la cuesta de la virgen”, nos despedimos. Hoy los ánimos no alcanzan más que para llegar a Siguatepeque. El pueblo es inexplicablemente grande y comercial, teniendo en cuenta que no hay nada a su alrededor. Es cierto que está sobre la carretera entre Tegus y San Pedro Sula, pero aún así, no vemos relación entre el tamaño del lugar y la cantidad de supermercados y hoteles que alberga.

Esta noche nos quedamos en una habitación lujosa, con agua caliente en el baño, desayuno incluido, computadoras con acceso a internet y agua fría gratis para tomar. Todo por solo 300 lempiras. Dios bendiga el lavado de dinero.

MIRANDO EL LAGO DE YOJOA

4-3-90 Está a cuatro horas de viaje desde TEGUCIGALPA en Honduras. Tiene más de 80 km. (sic) de largo y en la orilla opuesta a la foto (la menos visitada) todavía se pueden ver cocodrilos, los que han sobrevivido a la caza despiadada de los pescadores de allí. La naturaleza es pujante de vida dentro y fuera del agua, la orilla llena de pájaros y todo tipo de animales y, ya cocinados, pudimos disfrutar de un exquisito pescado que allí se cría todavía con gran...(ilegible).

La tinta se ha difuminado de la cara posterior de la foto. Al transcribir estas líneas me doy cuenta de que tengo una caligrafía bastante parecida a la de mi padre, aunque la de él es más pequeña y más cuidada. La foto está marcada con un número tres, lo que significa que en la carta incluyó, al menos, otras dos fotografías, con su correspondiente leyenda en la

cara de atrás. Recuerdo los sobres de correo aéreo, con su cenefa de rayas rojas y azules, y esos pliegos en los que nos escribía, una especie de papel cebolla que hacía que las cartas pesaran menos y el viaje transoceánico resultara más barato. Creo que mi madre todavía guarda esas cartas en el primer cajón de su mesilla de noche. Tres meses después de recibir esta foto del lago Yojoa, hace veintitrés años, fuimos nosotros -mi madre y mis hermanos- quienes cruzamos el Atlántico. Fue la primera vez que estuve en Honduras. Esta es la segunda. Hoy me gustaría hablar con él, decirle que en verdad el lago es mucho más pequeño de lo que él pensaba, y preguntarle si este país es muy diferente al que él conoció en 1990. Sería estupendo poder hacerlo, aunque acabáramos peleando, como de costumbre. O puede que no, que Honduras sea una de esas pocas y preciosas cosas en las que coincidíamos, como el gusto de escribir con pluma estilográfica, o la impaciencia a la hora de esperar a que la tinta se seque.



TURISTAS LAMENTABLES

Al entrar en el valle de donde está Taulabe, comenzamos a sentir el calor de la tierra caliente. El paisaje se hace más escarpado, el valle más estrecho y el bosque húmedo nos envuelve.

Estamos muy cerca del lago de Yojoa, nuestro último intento de hacer turismo en este viaje. De este lago se dice que está en el “corazón” de Honduras, que es “misterioso y salvaje”, que es un paraíso para los avistadores de pájaros. Nosotros, la verdad, no lo sentimos de esta manera. En la mañana, lo primero que vimos al entrar por la orilla este del Yojoa fue una hilera interminable de puestos de venta de pescado frito o asado. Todos iguales, todos ocupando la orilla del lago, impidiéndonos verlo. Todos vendían un único pescado, el

black bass, una variedad especialmente voraz de carpa que fue introducida en el lago hace unos 50 años y que se ha convertido en plaga. Hacia el mediodía abandonamos la carretera principal, y por primera vez en Honduras, nos encontramos con una carretera secundaria asfaltada. Pedaleamos entre hoteles para turistas hondureños, de esos que alquilan barcas y tienen en la entrada un arco con esculturas doradas de peces espada. Vimos cañaverales y al borde del lago, marismas. Nadie miraba el lago, y el lago apenas podía verse. Al llegar al lado Oeste del lago, entendimos que en esta orilla, los hoteles para turistas ni siquiera estaban cerca del lago. Almorzamos junto a un riachuelo de aguas heladas y cristalinas. Unos adolescentes construían una pequeña represa para elevar el nivel del río por encima de sus tobillos y poder bañarse. Comimos pan con aguacate y naranjas. Terminamos también por bañarnos en el río. Fue entonces cuando abandonamos la idea de hacer turismo en el lago. Enfilamos las bicicletas hacia Las Vegas, un pueblo minero colgado de montañas rocosas y cafetaleras. Honduras tiene bosques espectaculares. Al final de la tarde, mientras tratamos de llegar a Las Vegas, me concentro en la belleza del bosque mientras me repito que sí, que en este viaje hay una norma número uno, y que para llegar a casa hay que respetarla.

EL VALLE

Subimos por el pico, nos mantuvimos en la cresta y ahora descendemos por el valle de nuestro viaje, de nuestra forma física, de nuestro ánimo.

Hace quizás cinco o seis días que no avanzamos más de 40 kilómetros al día. Cruzar Honduras en estas condiciones se está haciendo complicado. Lo peor de todo es que el tiempo se agota. A Pilar le espera un boleto de avión y comenzamos a tener prisa. Sin tiempo ni muchas fuerzas, tenemos que empezar a renunciar. Lo primero, renunciar a la costa hondureña, San Pedro Sula, y el Caribe, ese 50 por ciento de Honduras que no vamos a poder ver. Lo segundo, renunciar a más montañas y carreteras secundarias. Tampoco habrá tiempo para adentrarnos en los departamentos de Intibuca y Lempira, áreas remotas del país fronterizas con El Salvador, en las que, según dicen las guías de viaje, aún puede sentirse el alma indígena de Honduras. Hoy aceptamos que tenemos las fuerzas justas para volver a casa, en la ciudad de

Guatemala. Salimos de Santa Bárbara, seguimos durante varios kilómetros el curso del río Ulúa, el más caudaloso que hasta el momento hayamos visto en Honduras. La carretera nos lleva a través de una colección de pueblos que quizás hubiese sido bueno conocer. Quizás Trinidad, quizás Ilima, con su iglesia encalada, mirando el río Ulúa. Pero no nos detenemos. Vamos lentos pero con rumbo fijo: el que todos por aquí conocen como el cruce de “La Ceibita”. No sabemos exactamente a qué distancia está. De los mapas ya no nos fiamos, y de los campesinos hondureños es imposible hacerlo. La tarde se vuelve negra como el destino y el cambio de viento anuncia lluvia segura. Antes de empaparnos completamente, encontramos refugio en un autohotel improbable. Está en la cima de un cerro rodeado de un bosque exuberante que cubre montañas rocosas. Tiene solo cuatro o cinco habitaciones, improvisadas con lo que parecen módulos prefabricados. Las habitaciones tienen televisiones de plasma, dvd, aire acondicionado y un extraño olor a tubería rota. Sobre la mesa de noche hay una pila de dvds. Hay cine porno, videos musicales de cumbia y bachata y un disco que recopila cinco películas de Jean Claude Van Damme. Fuera, una familia que está a cargo de vigilar el motel enciende el fuego en su casa de madera y lámina. Hasta nuestra habitación se cuela el olor a ocote.

AZACUALPILLA

De todos los pueblos dominados por la cultura narco que hemos visto, este es sin duda el más descarado, nuestro favorito.

A Azacualpilla llegamos una tarde después de dejar atrás el cruce para San Pedro Sula y adentrarnos en el Occidente de Honduras, tierra de ceibas y grandes llanuras y, de vez en cuando, cerros ondulados de fulgor verde. Azacualpilla se salía de nuestra ruta, pero decidimos desviarnos para evitar quedarnos en medio de la nada al caer la noche. Casi nadie llegaría a Azucualpilla por casualidad. Solamente alguien que quisiese cruzar las montañas que separan Izabal, en Guatemala, de Honduras, evitando los pasos fronterizos oficiales. Alguien, por ejemplo, que formase parte de alguna organización local al servicio de algún cartel mexicano. Ese tipo de personas que conducen Hummers amarillos y construyen en sus casas columnas corintias de falso mármol. O ellos, o nosotros, que entramos en Azacualpilla una tarde con los

ojos como platos. El pueblo es muy pequeño, y a él llega una carretera asfaltada hace quizás 25 años y que nunca más volvió a ser reparada. Comenzamos a ver los carros de lujo y altos muros resguardando mansiones que apenas podíamos intuir. Algunas, incluso, con cámaras de seguridad. En la cima de un pequeño cerro vimos una enorme casa anaranjada a la que se accedía por una gran escalinata que salvaba todo el desnivel. En el pueblo se sucedían las ferreterías, las talabarterías, y los hoteles con piscina. Si a alguien se le ocurriese diseñar un centro comercial para narcos de pueblo, este tendría que incluir una zona para pasear a caballo, muchas chicas en bikini al borde de una piscina, y por su puesto, una ferretería tras otra. Por lo demás, Azacualpilla era simplemente un lugar común, quizás un poco más polvoriento de lo normal, pero un pueblo pobre hondureño más. Alguien nos preguntó a dónde íbamos. Le dijimos que íbamos para Guatemala por Copán Ruinas, y que nos habíamos desviado para pasar la noche. Señalando al horizonte, el hombre nos informó que la forma más rápida de llegar a Guatemala era cruzando la montañas. Dijo que al otro lado estaba Izabal, y que aquí la gente siempre cruzaba a Guatemala por las montañas.

PILAR Y ASIER

Miren a esos dos pobres ciclistas, ahí están mojados y cansados. Dan tanta pena que hasta el comisario de policía de pueblo se les ha acercado para ofrecerles su almuerzo.

Están en un pueblo llamado La Entrada de Copán, muy próximo a la frontera entre Honduras y Chiquimula, en Guatemala. Afortunadamente, les agarró la lluvia muy cerca del pueblo y no han tenido tiempo para empaparse completamente. Mientras buscaban un lugar donde resguardarse vieron a un grupo de policías formando frente a su comisario. El oficial daba instrucciones a los agentes bajo la lluvia. Pero al ver a esos dos ciclistas exhaustos, rápido les permitió irse y se interesó por los turistas. Les recomendó los mejores lugares para pasar la noche en La Entrada. Les invitó a resguardarse en la comisaría. Como él dijo estar a dieta, les dio su almuerzo y un doble litro de Pepsi. El comisario les contó que era un honrado policía hondureño que además trabajaba como

asesor de una empresa de seguridad privada española. Era especialista en manejo de armas de asalto, algo así dijo. Asier asiente, mientras roe la pierna de pollo. Pilar le mira. Se ha servido un vaso de Pepsi. Dice que sí, que por su supuesto conoce a la Guardia Civil española.

Ellos ahora no lo saben, pero a estos dos chicos no les queda mucho viaje por delante. Les queda menos de lo que ellos piensan que les queda. Y quizás no sea tan mala idea, porque llegar aquí ya les ha costado. Pilar no se encontraba muy bien hoy. Poco antes de llegar a La Entrada, se bajó de la bicicleta para increpar a un gran afiche de Juan Orlando Hernández, el candidato del Partido Nacional en las próximas elecciones presidenciales. Lleva cientos de kilómetros viendo su rostro en vallas enormes al borde de las carreteras y hasta aquí ha llegado. No aguanta más, y le está diciendo a la cara al candidato que qué pretende, que si piensa que con esa cara pasará por un hombre honesto, que no engaña a nadie, que su cinismo salta a la vista. Asier se detiene y mira hacia atrás, en la dirección donde está Pilar hablando con Juan Orlando. Quién sabe lo que le pasa por la cabeza a este chico. Quizás se siente feliz de compartir tantas cosas con esta clase de chica.

Mañana seguirán pedaleando por el valle del río Copán. Sentirán Guatemala ya muy cerca, no solo porque efectivamente Guatemala está muy cerca, si no porque en este valle, el aspecto indígena de la gente y la presencia del mundo campesino invitan a pensar en Guatemala. Es bello este mundo. Es bello y brutal. De maíz, café y mucho trabajo.

Ellos aún no lo saben, pero en dos días estarán de vuelta en casa.

COPÁN: SIGLOS DE PIEDRA Y ÁRBOLES



EL FINAL, SEGÚN ASIER

Los días de la bicicleta acabaron exactamente a un kilómetro de la frontera de El Florido, entre Copán Ruinas, en Honduras, y Chiquimula, en Guatemala.

Pilar se cayó en un descenso. Se encontró con un sorpresivo bache, lo esquivó, pero la bicicleta se tambaleó y ella se puso nerviosa. Quiso frenar con fuerza y al frenar solo la rueda delantera salió volando por encima de su bicicleta. A mí solo se me ocurrió gritar “mierda”, aunque no pensé que algo de verdad malo hubiese ocurrido.

Era pronto en la mañana y habíamos trepado quizás cinco kilómetros por las montañas de Copán. Ya bajábamos hacia la frontera, ya nos despedíamos de Honduras y sus bosques de ocotes.

Al levantarse, Pilar se llevó las manos a la muñeca. Le dolía, pero era soportable. Todo parecía haber quedado solo en un susto, pero no, en realidad el viaje ya había terminado. Ya no habría más días de bicicleta.

Aún tuvimos tiempo de entrar en Guatemala y pedalear 27 kilómetros, de llegar a Jocotán y Camotán, los dos pueblos siameses en los que entre junio y septiembre la gente muere de hambre. Tuvimos tiempo de almorzar pan con queso mirando a la lluvia, y sentir la lluvia, y admirar las montañas rocosas de Chiquimula, y ese río color chocolate que bajaba furioso, y las nubes adheridas al bosque, y ese verde tan verde que nos hace sentirnos en casa. Y de nuevo estábamos en Guatemala, donde todo empezó, donde todo es familiar, donde no hay que aprender cuánto cuestan los aguacates, y cómo son los billetes. Pero, igualmente, el viaje había terminado.

Saliendo de Jocotán, Pilar entendió que algo se había roto en su muñeca y que no podíamos seguir adelante. Un microbús se detuvo. Subimos las bicicletas sobre la parrilla. Nos acomodamos en la última fila. Pilar lloraba, no sé si de dolor o por el hecho de ser consciente de que los días de la bicicleta terminaban. Quizás por ambas cosas. Yo aún pensaba que podríamos seguir. Llegaríamos a Chiquimula, iríamos a un hospital y quizás en un par de días podríamos retomar la bicicleta. Solo serían quizás cuatro o cinco días más de viaje. Pensé en las montañas de Jalapa, en Mataquescuintla, en saborear Guatemala de nuevo. Pero como ya les dije antes, los días de la bicicleta terminaron a un kilómetro de la frontera de El Florido.

Por la noche, recorrimos Chiquimula, el pueblo más grande que veíamos desde Tegucigalpa. Cenamos a un costado del parque central, junto a la entrada del mercado. Cenamos bajo

el cielo, frente a la gente yendo y viniendo; un señor que corre para agarrar el último bus después de un día de trabajo, dos chicas jóvenes que compran atol.

Mientras cenábamos algo parecido a unas pequeñas pupusas, sentí una gran nostalgia centroamericana. Fui consciente de estar viviendo un momento que recordaría el resto de mi vida. El viaje había despertado en mí la revolución del descubrimiento de la libertad total, también la contrarrevolución de la añoranza del hogar. Ahora comienza la vida sin la bicicleta. Hasta aquí nos llevó el camino.

EL FINAL, SEGÚN PILAR

El ambiente estaba fresco, se sentía la lluvia cerca. La carretera descendía suavemente entre el verde, y nosotros pedaleábamos ligeros, entre emocionados y tristes por la proximidad de Guate.

Aquella mañana era como cuando sabes que solo te quedan los últimos bocados de un dulce realmente sabroso, y entonces pinchas un trozo con suavidad, te lo metes en la boca, y lo saboreas despacio, atenta a los matices.

Y en eso estaba, disfrutando, cuando pasó.

Quizás no presté atención a la pendiente y a la velocidad creciente que esta imprimía a la bicicleta. Entonces apareció el bache, y en un instante de esos larguísimos me di cuenta de

que a esa velocidad no podía sortearlo, y se impuso la realidad de ser una ciclista inexperta, y apreté el freno equivocado, y la rueda de atrás osciló buscando espacio para rodar, y sentí miedo, y escuché a Asier gritar, y aterricé sobre el asfalto.

Un instante tonto que primero pareció ser no muy trascendente, y que, sin embargo, estrelló el riquísimo final de aquellos días contra el suelo.

Aún así cruzamos la frontera y entré pedaleando en Guatemala convenciéndome de que aquello no era nada y tratando de volver a centrar mis sentidos en el verde, en los rostros, en las pequeñas abarroterías y los anuncios de sodas ahora ya conocidas. Llovía muy ligeramente y todo estaba brillante. Pero tras una breve comida al borde del camino, en Jocotán, el intenso dolor en la muñeca derecha se convirtió en una certeza imposible de obviar. Con cabezonería infantil volvimos a subirnos a la bicicleta, solo para tener que bajarnos definitivamente unos kilómetros más arriba. En el microbús al que subimos nos sentamos en la última fila, y en la intimidad que te da compartir el asiento con otras tres personas a las que no conoces de nada lloré como una niña.

En Chiquimula descubrimos que, por supuesto, el seguro de viaje que teníamos incluía una desconocida franquicia que, de facto, eran todos los gastos que nos cobraron en aquel hospital caquero en el que había una bonita fuente de piedra con helechos en el centro del edificio, pero ningún especialista de guardia. Un hospital caro del que salí sin ninguna certeza, tras una placa de rayos X que no me dejaron conservar, la visita de un joven médico residente visiblemente alarmado por mis conocimientos sobre antiinflamatorios, y el informe de un traumatólogo al que ni yo no había visto, ni él me había visto a mí. Salimos de allí arrastrando las bicis por las calles de Chiquimula, en busca de una pensión donde descansar,

y encontramos, de casualidad, la clínica de mi invisible traumatólogo. En una pequeña recepción esperaban unos quince adultos, y media docena de niños. Todos en silencio. Me acerqué a la secretaria, le mostré el informe del hospital y le susurre que me gustaría poder ver al mencionado doctor. Me senté en la última silla que quedaba libre, y minutos después, a todas aquellas personas que a saber desde cuando esperaban pacientemente les pareció perfectamente normal que yo, la última en llegar pero la única extranjera, fuera la siguiente en pasar.

No, el regreso a Guatemala no fue fácil. El pulman nos dejó en Central Norte y entramos en la ciudad empujando trabajosamente nuestras bicicletas durante ocho kilómetros, atravesando la zona 18, entre el humo y el ruido de las camionetas. Sin embargo, esos últimos kilómetros no puede borrar la felicidad de estos días de bicicleta. Una felicidad intensa y tan franca que, de hecho, se me escapaba por la garganta y me hacía cantar. Yo canto fatal, no tengo ni voz ni ningún sentido del ritmo, y no recuerdo la letra de casi ninguna canción, pero eso es lo de menos... durante muchos días he cantado alto y sin complejos, inventando historias y estrofas a cada pedaleada con las cosas que iban apareciendo en el camino. ¿Cuándo fue la última vez que se sintieron tan tan bien que no han podido controlar el impulso de cantar alto cualquier cosa? Yo creo que así, con tanta intensidad y durante tanto tiempo, no me pasaba desde niña.

PS: MI OTRO VIAJE / ASIER

Estoy en la terminal número ocho del aeropuerto JFK de Nueva York, esa ciudad, no sé si maravillosa o monstruosa, que puede distinguirse en el horizonte. Oigo a lo lejos una canción de la Creedence Clearwater Revival. Proviene de alguna tienda. No conozco la canción pero la banda es inconfundible, y siempre está ahí.

Desde que llegué por primera vez a Centroamérica hace ahora exactamente seis años, siempre estuvieron ahí. Los recuerdo sonando en la sexta avenida de la Ciudad Guatemala, antes de que trasladasen a los vendedores a El Amate; también en muchas camionetas, y de vez en cuando en la radio de algún carro que pasaba por alguna calle de, digamos, la cabecera departamental de Huehuetenango. De Guatemala siempre me sorprendieron tres cosas: que la gente señalase con los labios, que muchos hombres –sobre todo los brochas de los buses– se levantasen la camisa para enseñar su panza en medio de la calle, y esa extraña fascinación con la Creedence, una banda

tan profundamente estadounidense, buenísima, pero olvidada en casi cualquier otra parte del mundo.

La Creedence me acompañó desde Guatemala, hacia al Sur durante nuestro viaje en Guatemala. Nos la encontramos primero en El Salvador, una mañana en las laderas del cerro de Guazapa, muy cerca de Suchitoto. Nos habíamos bajado de la bicicleta para ver los restos de una iglesia que fue quemada y destruida por el Ejército durante la guerra civil. Estábamos leyendo en una placa los nombres de las personas que fueron ejecutadas allí hacia 1980, cuando desde una casa humildísima comenzó a tronar una canción de la Creedence. El joven que vivía en aquella casa campesina tenía un aparato de sonido capaz de torturar a todo el vecindario. Después, la banda volvió a parecer en Nicaragua. Subíamos por una tortuosa carretera hecha pedazos entre San Ramón y la cabecera departamental de Matagalpa. De una casa hecha con tablones de madera, con piso de tierra, y unas cuantas gallinas revoloteando frente a la puerta, comenzó sonar la Creedence. No puedo recordar más ocasiones con detalle, pero juraría haberlos escuchado también en Honduras, y por su puesto una vez de vuelta en Guatemala. Siempre la Creedence.

La banda me sigue ahora hasta Nueva York y me hace pensar en lo que dejo atrás. Imagino a la Creedence sonando en los campamentos de las guerrillas centroamericanas hace ya muchos años. También entre los soldados que combatían a esos guerrilleros, sonando en los helicópteros Huey – siempre donados por los Estados Unidos– o en transistores en medio del bosque. La Creedence seguro sonó en las aldeas de altiplano guatemalteco, la noche antes de que el Ejército llegase a exterminar a todos los vecinos, o entre las filas de la Resistencia Nicaragüense mientras el Ejército Popular Sandinista los cazaba por la selva durante la Operación

Danto 88. La Creedence sonó la mañana en que muchos centroamericanos se fueron a los Estados Unidos para no volver nunca más. O cualquier tarde en la que las mujeres de una familia campesina se juntan para desgranar elotes. Imagino a la Creedence sonando en los celulares de los jornaleros adolescentes que caminan al borde de la carretera con el machete en una mano y el teléfono en la otra mientras se dirigen a alguna finca de café. En los mercados, en las terminales de buses. En un taxi blanco que atraviesa a toda velocidad las séptima avenida de la zona 1, a media noche, bocinando en cada cruce.

Imagino que las canciones de la Creedence han presenciado tanto. Imagino que podrían servir para contar tanto. Tantas vidas. Mi vida.

He viajado casi diez días seguidos hasta llegar aquí, a Nueva York. Trate de alejarme de Guatemala lo más lento posible y por eso quise llegar a esta ciudad exclusivamente por tierra. Hacerlo en bicicleta no fue posible, tampoco que esta vez también me acompañase Pilar Crespo. Me fui de Guatemala una mañana de sábado, en un día de canícula de agosto. Había bruma de las seis y media de la mañana en la 18 calle. Los vendedores de shucos ya picaban col en sus carreteras. Todo seguía su curso inexorable. Al ir descendiendo hacia la costa, vi que la milpa (poca) estaba ya floreciendo y la caña de azúcar (mucho) alcanzaba los dos metros. Yo me iba, y me sentía solo. Estaba en un bus con el aire acondicionado gélido. No encontré rastro de la Creedence.

No sé si contarles cómo fue mi viaje, cómo cruce México y los Estados Unidos. Creo que por el momento ya hablé demasiado. Además, no hay nada que pueda igualar lo que ya les contamos, nuestros días de la bicicleta.

POST SCRIPTUM / PILAR

La vida se sucede en círculos, como los anillos concéntricos de los árboles.

El primer recuerdo que tengo de El Viaje, cuando aún no sabía que “ese viaje” es una maravillosa película de 1993 del argentino Pino Solanas, es la de una noche de invierno de hace muchos años. Una noche que creo que me cambió la vida.

Digo de invierno porque llevo puesta una vieja bata de estar por casa bien acolchada, y estoy encogida sobre mí misma, sentada encima de la mesa de una cocina que ya no existe. Si era de noche y tenía el permiso de estar en aquella cocina es porque debí quedarme estudiando para los exámenes de la universidad, pero eso no fue lo que hice. Los ojos los tengo fijos en la pantalla de un pequeño televisor, las manos entrelazadas, y escuchando las notas de un entonces desconocido Astor Piazzolla, se me está olvidando respirar.

Esa fue la noche en que conocí a Martín Nunca.



Martín vive en Ushuaia, una isla en el fin del mundo que se mueve como un barco y donde nieva dentro de una escuela con aspecto de cárcel. El padre de Martín está lejos pero le dibuja y manda historietas por correo, y un día Martín se decide y sale a buscarlo en bicicleta mientras Fito Páez canta eso de Ushuaia quiero irme y me da miedo, quizás es porque te quiero y no quiero abandonarte. Ushuaia yo daré la vuelta al mundo, y a tu olor de mar profundo volveré...

Martín llega a Buenos Aires, un lugar donde los muertos navegan, y la gente vive, literalmente, entre la mierda y con el agua hasta el pecho o hasta el cuello, en función del nivel de inversión extranjera en el país. En su camino, Martín va encontrado a los personajes que su padre dibuja en las historietas. Viaja con Américo Inconcluso, un camionero con

setenta y no sé cuantos dictadores, que “no hay camino que no haya hecho, ni pueblo que no haya unido”, y conoce a Tito, “El “Esperanzador”, que golpea sin cesar un enorme bombo que suena como el latir de todos los represaliados. Martín pedalea hacia el norte, a través de Indoamérica, donde las selvas son ahora desiertos, y las gentes cargan en canastos sobre la cabeza y aguayos sobre la espalda su parte correspondiente al pago de la deuda externa. En Brasil, Martín encuentra nuevas pistas de su padre, y una extraña moda de vestir apretados cinturones por todo el cuerpo propuesta por el FMI. Martín sigue su viaje, y en él aparece, en varias y distintas ocasiones, una muchacha con el cabello largo, rizado y castaño, y un vestido y unos zapatos rojos. La muchacha nunca habla, solo le sonríe, y Martín la lleva en su bicicleta, le cuenta cosas y una tarde hacen el amor en el vaivén de una hamaca. Martín no sabe si la encuentra o la sueña. Y siempre que Martín llega a una ciudad, su padre ya no está allí, así que sigue adelante, en su bicicleta.

Martín Nunca se quedó conmigo desde esa noche de invierno, impreso en las hojas de mi diario. El porqué de semejante impacto solo pueden explicarlo los preciosos ojos de Martín, un carácter enamoradizo algo exagerado en aquella época de mi vida y, quizás, cierto revuelo inconsciente entre las surrealistas imágenes de la película y los recuerdos personales, también algo absurdos, de un viaje realizado muchas años antes, siendo todavía una niña, con mi padre y mis hermanos a parte de esas tierras por las que Martín pedaleó. No fue ninguna epifanía, los significados profundos de aquella historia, las realidades contenidas en aquellos dos viajes, continuaron ignoradas; a lo sumo, en esta segunda ocasión, se instaló una inquietud, una sospecha de importancia, algo emocional difícil de definir.

El tiempo fue borrando las imágenes, las etapas del viaje de aquella película de la que nunca supe el nombre, de manera que cuando, años más tarde, ya adulta y sola, viajé sucesivamente a distintos países de América Latina no recordé que Martín Nunca había pasado por aquellas mismas ciudades. De Martín solo me quedaba su nombre, el deseo de tener un vestido rojo y una frase, apuntada y memorizada después de tantos años:



Contigo, Martín Nunca, contigo, que ya no buscas a tu padre pues lo fuiste encontrando por el camino.

En 2009 llegué a ciudad de Guatemala y, en aquellos primeros meses, quizás como forma de ocio alternativa a una calle peligrosa intentamos hacer sesiones de video forum en casa. Todos teníamos que traer una película para los demás. Y así fue como, de repente, sentí la necesidad de buscar a Martín Nunca

después de tantos años. Pero, ¿dónde hallarlo? Yo no sabía el nombre de la película, ni el año, ni de quién, ni si era película o documental. A nadie le sonaba aquel argumento difuso y extraño, y el google solo me hablaba de Martín (Hache), hasta que un día, o una noche, en una infumable tesis doctoral colgada en la red: su nombre y el de Fernando Solanas y una fecha y, entonces, el cartel de una película llamada *El viaje* en el que, por fin, se ve a Martín, y a la muchacha del vestido rojo, y la bicicleta.

El tiempo en Guatemala ha sido rápido y de una intensidad tal, que el recuerdo de aquella noche de video forum en la que vi a Martín Nunca por segunda vez no es de las cosas que más fuerte se me han quedado grabadas. Recuperé a Martín cuando el papel silencioso y pasivo de la muchacha de rojo ya no me parecía atractivo, cuando ya era capaz de entender casi todas las realidades escritas en todas esas imágenes absurdas, cuando, de hecho, yo misma vivía inserta en un cuadro bastante surrealista.

De Guatemala, las imágenes se me suceden sin aliento, y entre las secuencias apenas puedo destacar que comencé a escribir algunas cosas, que mi padre enfermó, que conocí a un chico al que le gusta montar en bicicleta, que mi padre murió, y que le encargué a una modista un vestido rojo.

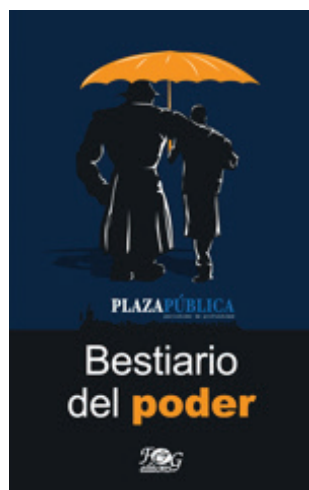
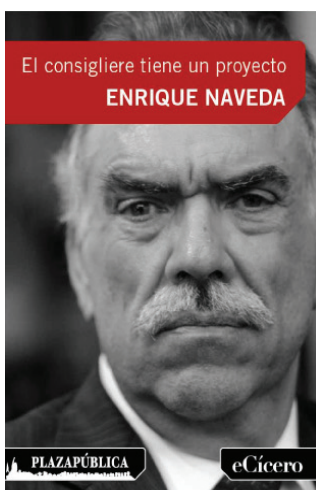
Se puede saber la edad de un árbol por los círculos concéntricos de su tronco. A mí varios de ellos se me han superpuesto en este último año en que, por fin, acabé de escribir una historia y comencé un viaje en bicicleta por Centroamérica con aquel muchacho. Un viaje que me llevó a lugares desconocidos en los que había estado de niña, y ciudades o pueblos en los que no estuve jamás pero en los que igualmente traté de reconstruir los pasos perdidos de mi padre. Y después de ese viaje, otra vez a este lado del Atlántico, en una cocina nueva, volví a

recuperar El Viaje de Martín Nunca y me di cuenta de que a él, como a nosotros, también le preguntaban todo el tiempo: ¿de dónde viene?, ¿de allí?, ¿y en bicicleta?, y que Martín también se preguntaba ¿y qué hago yo en medio de todo esto?, y que también escribía un diario y sentía que no hay nada que te dé más fuerza que una linda historia. Solo que él fue encontró a su padre por el camino y yo lo sigo buscando mientras se acaba la película y la voz de una mujer, al acordeón de Astor Piazzolla, canta:

*Voy, hacia mi viaje voy, y soñando partiré... sé que ya
no sé quién soy, y no sé ni a dónde voy, sé que un viaje es
descubrir, que vivir es elegir, sé que busco mi verdad y que
un viaje es soledad...*

*Soy como una bicicleta, rueda, rueda mi historieta, sé que al
fin voy a llegar, siempre, siempre regresar.. soy todo lo que
viví mas las dudas sobre mí, sé que siempre será igual sino
arriesgo hasta el final..*

Otros libros de PLAZAPÚBLICA en nuestra librería



Plaza Pública es un diario digital guatemalteco fundado en 2011. Pertenecce a esa reciente generación de medios digitales latinoamericanos que mediante crónicas, reportajes, perfiles y entrevistas de fondo están despertando el interés internacional por la calidad interpretativa de sus trabajos. Plaza Pública busca ampliar la calidad del debate y dar carta de legitimidad a nuevas formas de entender y proyectar el país. Lo conforman un pequeño equipo de periodistas jóvenes y decenas de columnistas expertos y entusiastas, y está auspiciado por la Universidad Rafael Landívar.



Pilar Crespo: *Pilar es enfermera, periodista y feminista. El orden de los factores no altera el producto. Madrileña, de raíces andaluzas, hace tres años que vive en Guatemala.*

Asier Andrés: *Asier nació en Bilbao y es periodista. Hace seis años que vive y trabaja en Guatemala. Este viaje es a la vez cumplir un sueño y una despedida.*